

San José, Costa Rica 1927 Sábado 1º de Octubre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Prólogo* de Unamuno a *Las catilinarias* de Montalvo.—*Francia y Juan Montalvo*.—*Carta de Chile*, por Eduardo Barrios.—*La silla eléctrica*, por J. Fernández Montúfar.—*Manuel Díaz Rodríguez*, por Manuel Antonio Bonilla.—*Maria Olimpia de Obaldía*, por Enrique Ortega.—*La Fuerza de Panamá*, por Nemesio García Naranjo.—*La arrogancia yanqui*.—*Bibliografía titular*.—*Página lírica de Maria Olimpia de Obaldía*.—*Mi Don Francisco Giner* (6), por J. Pijoán.—*Justicia, no venganza*, por Arturo Capdevila.

Don Juan Montalvo murió desterrado aquí, en París, donde yo, también desterrado, escribo estas líneas, en 1889 y y a sus cincuenta y siete de edad. Hacia 1882, cuando yo estudiaba mi carrera en Madrid, estuvo Montalvo en la Corte de las entonces Españas. Acaso alguna vez nos cruzamos en la calle, acaso al cruzarnos, se mecieron nuestras miradas, la del hombre cincuentón que rumiaba el amargo pasto de sus recuerdos de esperanzas gloriosas y la del mozo de dieciocho que iba brezando sus esperanzas de recuerdos gloriosos. Y ahora, cuando hace ya treinta y seis años que Montalvo duerme—¿sueña?—arropado en tierra hospitalaria, tierra francesa, vuelvo yo, traspuestos mis sesenta, cuando he doblado el puerto serrano que separa a la solana de la umbría, a encontrarme con él. Y al encontrarme con él me he encontrado y enfrentado conmigo mismo, y al encontrarme con el Ecuador—«la nacionzuela» como alguna vez la llamó don Ignacio de Veintemilla—, me he encontrado con la triste nacioncilla de Primo de Rivera. Y aquí voy a hablar tanto de Montalvo como de mí. Es que me he encontrado. Y voy a discutir conmigo mismo, ya que mi vida ha sido combate íntimo.

Cogi las *Catilinarias* de Montalvo, pasé por lo excesivamente literario del título ciceroniano, ya que el término se ha hecho vulgar desprendiéndose de su etimología, y empecé a devorarlas. Iba saltando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos tajantes

y sangrantes. Los insultos, sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo.

Se ha preguntado alguien qué es lo que habría podido hacer Montalvo a haber podido vivir sosegado y apaciguado en un Ecuador de libertad civil y de paz y de justicia. Pues yo os digo que muy poca cosa; que

toda su literatura clasicista y casticista se habría quedado de pasto de unos pocos curiosos de experimentos literarios. Os lo confieso, no he podido acabar los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Allí apenas hay más que las líneas con que termina el capítulo XVI dedicadas a Ignacio de Veintemilla, «ahorcado por asesinato,

robo, traición, atentado contra el pudor»... ¡Esto, el insulto!

Fué la indignación lo que hizo de lo que no habría sido más que un literato con la manía del cervantismo literario un apóstol, un profeta encendido con quijotismo poético; es la indignación lo que salva la retórica de Montalvo.

Escribió en el destierro, a que tan sentidas palabras dedicó en su escrito *Los Proscritos* que figura en el *Cosmopolita*. A las penas que el destierro trae consigo—añade— la indignación que causa la injusticia, la *servitude* del corazón al contemplar el triunfo de la tiranía, y vé cómo es terrible la situación de los proscritos. «Y—luego—¡Ay! dices ¿Cuándo volveré? ¿he de morir en el destierro? ¿una sepultura prestada ha de recibir mis huesos? y qué suerte fue la mía para verme ausente, lejos de todo lo que hacía para mí grata la vida? Un hombre, un solo hombre me causa tantos males sin justicia ni razón! Tirano! valiera más haberme muerto, porque en la tumba se duerme tranquilo y suavemente, no es uno víctima de las horribles pesadillas del extranjero que no puede volver a su querida patria».

Haberse muerto? No, haberse muerto. no! morir se no! Hay que vivir para combatir contra la tiranía y vencerla; y hay que sobrevivir. Montalvo sobrevive porque venció; sí, venció a la tiranía y no porque imitó a Cervantes. Porque imitó a Don Quijote. Y él tuvo conciencia de su misión y de su obra. «A un tirano antiguo—decía—se le había escapado una víctima,

Prólogo de Unamuno a *Las Catilinarias* de Montalvo

Véanse las obras de MONTALVO editadas por Garnier Hnos. (París), bajo la excelente dirección de GONZALO ZALDUMBIDE



con haberse dado muerte con su propia mano; yo, huyendo al destierro, me he escapado también; y el destierro es la más triste de las penas». La más triste, sí, pero en el caso de Montalvo, que enristra su pluma, en mi caso que enristro la mía, la más fecunda y la más liberadora de las penas... «Mi nombre está grabado en mis flechas—decía él con noble arrogancia quiijotesca—y con ellas en el corazón mueren tiranos y tiranuelos: díganlo García Moreno y el *Cosmopolita*... Lo dirán también Ignacio Veintemilla y *Las Catinarias*?» Y se lo están diciendo. «Y otra vez... los echo en tierra, y allí los tengo a mis pies quebrantada la cabeza y que den sus alaridos como Satanás».

Veintemilla, el ladrón, el malhechor, el tirano, si queda en la memoria de los hombres es, marcado a fuego, gracias a Montalvo. Y si un día se recuerda a Primo de Rivera, ladrón también y malhechor, un tirano, ni siquiera dictador pues que nada dicta, será marcado a fuego, con sus cómplices todos, del rey abajo, gracias a mí. ¿Tirano, tirano? No, Veintemilla no fue tirano. Tirano fue acaso García Moreno, el hombre culto, el hombre civil, a quien Montalvo, en rigor, admiró. Veintemilla, el soldadote Veintemilla fue un malhechor—lo dijo Montalvo—y no un tirano... Tiranía es ciencia sujeta a principios difíciles y tiene modos que requieren difícil tanteo. «Y no sería justicia, agrega Montalvo, dar el nombre de tirano a un pobre esguízaro a quien entroniza la fortuna por hacer befa de un pueblo sin méritos». El mismo caso, el mismísimo, que en España.

«Excremento de García Moreno» le llamó a Veintemilla. Y le cubrió de nobles insultos, de generosos insultos patrióticos, como a Borrero y como a Urbina. Le llamó ladrón a boca llena; así, ladrón. Como el nuestro... La ineptitud hubiera quizá tolerado en ese pícaro; su prurito por las cosas ilícitas, ¡no!

Pero, ¿es que Montalvo no estuvo alguna vez de parte de Veintemilla? es que no esperó para su patria de él? Sí, a Montalvo le dijeron que Veintemilla necesitaba la cooperación de los buenos liberales y contestó que no, no a un traidor

que «hecho apenas el pronunciamiento de liberal, corre a ponerlo en manos de los jesuitas», «no a... no a un cobarde que va a solicitar amparo y certificados favorables de los obispos». Es que Veintemilla no era más que un soldado, un soldado de fortuna, y un soldado de casta mercenaria de las armas no es jamás liberal. Y si va a ponerse en manos de los jesuitas no es tampoco porque crea en ellos que «cabizbajos, llevan metidos los ojos en la barriga y allí ocultan sus virtudes que consisten en esconder la vista y el alma, a fin de que nadie vea la gloria con que fulgura en ellos la malicia».

Montalvo llamó a boca llena tirano a García Moreno, al hombre civil y de convicciones políticas, no a Veintemilla, el mercenario, el soldado de fortuna. En García Moreno «inteligencia, audacia, ímpetu, sus acciones siempre fueron consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo pero aborrecía al asesino». García Moreno fue hombre de rara inteligencia y vastos conocimientos mal aprovechados. Veintemilla el soldado de fortuna, un payo, un malhechor, un ladrón y un crapuloso. Como el otro.

«A García Moreno le aborrecía por tirano; a Veintemilla no le puedo aborrecer; la infamia no alcanza el honor del odio; desprecio es lo que este confidente del patíbulo me inspira, desprecio, acre, análogo». Como el otro. Decía muy bien Rodó que Montalvo no confundió a García Moreno con «traidores de cuartel y advenedizos sin más norte que el mando». El mando y el saqueo del erario público.

Montalvo tuvo que desterrar-se del Ecuador de Veintemilla; le faltaba allí aire para el alma, libertad de decir la verdad. «¡Imprenta, Imprenta! Arrebatadnos los bienes de fortuna, arrebatadnos a guerras injustas, arrojadnos en mazmorras, pero dejadnos hablar!» clamaba el *Cosmopolita*.

¿Pero y el pueblo ecuatoriano? El pueblo ecuatoriano no necesitaba libertad, porque no pensaba, no necesitaba el aire, porque no respiraba; duraba como una piedra; no vivía como un pueblo. Y Montalvo, con encendida voz de profeta que esperaba despertar a las piedras

con su voz clamante en el desierto le decía al Pueblo ecuatoriano «esqueleto rechinante», así «¡Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano vé a la reconquista de tu honra, y muere si es preciso», y cuando aquellos pobres y degradados vasallos como los de mi España hoy, se quejaban de la falta de un hombre!, Montalvo gritaba: «deber mío era írmele encima al primero, resulte lo que resultare; no es culpa mía si el pueblo deja pasar la ocasión y no sabe lo que hace». Y también: «El escritor, el agitador, el patriota, el hombre de la idea había hecho su deber; el pueblo no hizo el suyo». Y luego: «Bien visto lo tengo, mientras esta pluma no se me vuelva espada, cosa no he de poder con los ecuatorianos: razón sin bayoneta, no es razón para ellos».

¡Cuán dentro, pero cuán dentro de mi alma han resonado esas palabras! También mis pobres españoles de hoy, los de mi España, ese «esqueleto rechinante» buscan un hombre y me dicen que por qué no hago la revolución desde aquí, desde París, y liberto a su hacienda y les liberto de su ignominia. Esos, los miserables, los cuitados, los abatidos, los que pedían un indulto ¡un indulto!

¡Indulto! Cuando Ignacio Veintemilla sepultó «en una mazmorra de cuartel al rector de la Universidad de Quito... sin auto de juez, ni siquiera motivo verosímil» por un cierto escrito que se le atribuía ¿qué hicieron los estudiantes? «Lo que han hecho ha sido dar a luz un papelucho como una hoja de peral, justificando y ensalzando al obscuro apagador de la civilización y poniéndole las manos para que «por Dios, por la Virgen, ponga en libertad a su rector». «Y no es esto todo: —sigue Montalvo—al respaldo de ese impresito infame han puesto sus autores de letra de mano unos renglones en que apuntan lo contrario de lo que dicen por la imprenta, y me lo han remitido, pidiéndome «por la Virgen» que castigue este nuevo delito del infame *Veintemilla*, dicen». Y al fin Montalvo: «Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo!»

Este pasaje de la sexta *Catinaria* me hizo temblar hasta

en las últimas raicillas de mi alma, hizo que se me asomaran las lágrimas. Y no es que mis estudiantes, mis hijos, los hijos de mis cuarenta años de apostolado civil y patriótico, hubieran pedido mi indulto. No, alabado sea Dios! mis hijos, ni los de carne y espíritu, ni los de espíritu solo, no, no pidieron mi indulto al Veintemilla español de hoy, no, no lo pidieron. Los que le pidieron fueron unos miserables capones y alcahuetes que se decían amigos míos. Y yo quedo pensando y esperando con los estudiantes que hagan temblar a España, temblar de vergüenza e indignación. Y que le hagan sacudirse de los ladrones que le están chupando.

Pero, ¿cómo pudo, ni por un momento, ni con un principio, haber engañado Veintemilla a Montalvo? Cómo pudo esperar nada de un soldado de fortuna? Montalvo sabía que en su Ecuador, cada jefe es un emperadorcillo *tiranísimo*, cada soldado un cruel enemigo de las otras clases de la asociación (El *Cosmopolita*). Montalvo dijo: «En resumidas cuentas, venga el chagra-galán, el chagra-diplomático, antes que el chagra-militar; porque éste, aun cuando se halle él mismo en amena conversación con amigos y señoritas, de repente se acuerda de que es soldado y ¡Fuego, mo-chachos!»

Montalvo había dicho que Veintemilla, «como instrumento, como simple instrumento, no era malo; dos mil veteranos con bala en boca tenía a sus órdenes este marmitón del difunto consabido». «Pero es que un instrumento, un simple instrumento puede ser bueno para gobernar un pueblo? Toda esa estopa antigua, esos cascos apollillados del tiempo de maricastaña que se llaman generales, todos son aparceros y corchetes de Ignacio de Veintemilla». ¿Y qué más podían ser los generales?

¿Y la soldadesca? Los cuerpos colectivos o potestados que gozan de independencia absoluta sin sujeción a una regla general ni a un inspector superior son un Estado en otro Estado, y esta incrustación destruye con la anarquía, la forma de Gobierno al paso que vuelve imposible el orden sin el cual no hay sociedad humana. He aquí nuestras Juntas de defensa

armada; de defensa del puchero de los mercenarios del honor patrio. Y Montalvo que sabía eso, que sabía lo que es el instrumento erigido en brújula, el puño que quiere hacer de cabeza, el verdugo que quiere hacer de juez. ¡Cómo pudo engañarse respecto a lo que es el soldado! Porque en otros países exalta al soldado sin percatarse de que el soldado es el que está a sueldo, es el mercenario del honor de las armas, es de la casta profesional, es el del principio de autoridad sin miramiento a su fin, al fin de la autoridad, que es la justicia, es el que confunde el orden con la ordenanza, es el que puesto el puño sobre la cruz de la espada miente con juramento, cuando se le impone por disciplina. ¡Ah!, lo que debió haber sufrido Montalvo, el enamorado de la libertad de la verdad, que es la justicia! Hay al final de la duodécima y última Catilinaria un pasaje que me ha calado hasta el *hondón* de la alma dolorida y es donde dice: «Cosa mala es el mundo, pero él se compondrá, cuando apurada la clemencia divina, naciones y ciudades, imperios y repúblicas sean montones de difuntas piedras que estén compitiendo con las que han vuelto estériles para siempre las orillas del Desierto». Y acaban las Catilinas con estas palabras proféticas: «Si mueren (los malvados) muera allí, poeta (Sófocles) ese hervidero de sangre podrida en donde están saltando larvas y sabandijas que crecen y suben y se vuelven grandes monstruos, esa es la sangre de los malvados que van muriendo. Pero de ella nacen otros; de ese hervidero salen los que prolongan su vida, y acaece que parezca no tener fin la de estos enemigos de Dios y de los hombres».

¿Pesimismo? Sí, noble pesimismo, generoso y fecundo pesimismo, pesimismo de luchador que sabe que la victoria es vencimiento, pesimismo de proscrito, de desterrado del cielo, pesimismo de apóstol, cuya esperanza esta hecha de desesperaciones, su fe de desengaños, su caridad de santos odios. En este pasaje está lo mejor de la alma qui-jotesca de Montalvo. Si hubiera creído que con borrar de su patria a Veintemilla habría acabado para siempre con todos los futuros tiranos de ella ¡qué mérito habría tenido su haza-

ñosa empresa! Supo pelear la santa pelea a las orillas del lago del Desierto. Y así es como al ir a morir pudo decir: «Me siento capaz de componer una elegía como nunca lo hiciera en los años de mi juventud». Pero es porque iba a nacer. Nació, se libertó al morir. Al morir en el destierro.

Y ahora qué he de decir de su lengua y su estilo, yo, un lingüista y un investigador de *estilística*? Voy a reprocharle sus preocupaciones legi-lógicas, yo que las padezco también? Voy a discutir al literato?

Sintió acaso en exceso la voluptuosidad de la lengua. Y de una lengua artificiosa y de énfasis castellano. Rodó dijo que «la espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto a la artificiosidad preciosa de Montalvo». Pero es que Montaigne era un sensual y un escéptico y Montalvo, un apasionado y dogmático y el énfasis es el lenguaje de la pasión.

Lo confieso, he tenido que saltar su nota filológica sobre la presidencia, como no me interesa lo de si se ha de decir *gallardeó* o *se gallardeó*, *fugó* o *se fugó*. Y es que no comprendo que se pueda poner pasión en debates gramaticales. Es otra cosa.

¡Qué de vueltas le dió aquello de que Veintemilla no se firmase Ignacio de Veintemilla! Suponía, equivocadamente, que ese *de* presupone en los españoles que lo usamos ante los apellidos solariegos—no los patronímicos—pretensiones de nobleza de linaje. Y no hay tal. En España no significa tal cosa. Como es equivocado lo que dice respecto al tuteo entre padres e hijos en España. Pero esto qué me importa?

Su cervantismo, no poco pueril sin duda, le lleva a hacer hablar en diálogos a chagras y cholos en el convencional dialecto dialogado—diálogo y dialecto son palabras hermanas—de los personajes de Cervantes que tampoco hablan como hablaban los hombres de carne y hueso de su tiempo, pero esto, ¿qué me importa junto al soplo qui-jotesco que anima algunos de esos diálogos? Además, el bueno de Don Juan Montalvo se debió de creer que en España se hablaba más así en cervantismo, que en el Ecuador o Colombia. Y cuando visitó España debió de converse-

de que era todo lo contrario, de que allá, en los recónditos repliegues de los Andes colombianos se conservaba mejor esa rancia lengua ceremoniosa y algo convencional. ¿Quién sabe si un día iremos allá a desenterrarla, a reconquistarla?

En aquel cuadrito dramático que titula *México* y publicó en *El Cosmopolita*, ponía en boca del Marqués de Munster estas palabras: «La naturaleza no ha criado esclavos; el nuevo mundo será algún día dueño y señor del viejo; pero es un error y una extravagancia en nosotros querer conquistar a América». «El Nuevo Mundo será algún día dueño y señor del Viejo». Tal vez... Cuando la América española, la que habla la lengua de Don Quijote conquistó espiritualmente a la vieja España o a la España de Primo de Rivera y consortes. Pero es que España se había

reconquistado a sí misma. Sí, España tendrá que reconquistarse desde América. Y en ese día, el nombre de Don Juan Montalvo, el nombre del desterrado que duerme, ¿sueña?, arropado en tierra francesa será una enseña, será una empresa y habrá que trasladarle a España, a la España que tanto quiso, y allí, en la España reconquistada sepultar sus restos en huesa española y echar sobre ellos sendos puñados de tierra de cada una de las libres—si son entonces libres—repúblicas Américo-Españolas.

Y ahora, reconfortado con las Catilinas, vuelvo a mi combate. No, sino que sigo en él, invocando a Nuestro Señor Don Quijote, el invicto Caballero del Vencimiento.

MIGUEL DE UNAMUNO

París, 30 de abril de 1925.

Francia y Juan Montalvo

UN homenaje más cae sobre la memoria de Juan Montalvo. Es el sencillo recuerdo que su ciudad natal, Ambato, le rinde recogiendo en un álbum algunos escritos referentes al inquieto escritor y los discursos pronunciados en el acto de descubrir la lápida conmemorativa en la casa número 26 de la calle Cardinet, de París, donde murió. La Agrupación Amigos de Montalvo, de Quito, no ha tenido más que hacerse eco de las palabras de Francia, Hispanoamérica y España para rendir al brioso autor de las *Catilinas* el mejor homenaje. Montalvo, maestro de estética, ponía en su ideario político un afán de poeta, y en su prosa, del mejor abolen-go castellano, una vibración política nobilísima. Como los repúblicos de la Roma clásica, llevaba al derecho y a la política ingenio sutil, emoción poética, metafísica. Cuando estallaban sus iras—patriota irascible,—iban a la Prensa dignificadas por la gracia literaria. Cuando los insultos salían a la superficie de la polémica y se sucedían en una cadena de iracundia, no era el hombre de pasión quien hablaba, sino la conciencia de una época sojuzgada por la tiranía de García Moreno y Veintemilla. El poeta de ima-

ginación exaltada, que pudo merced a ella y a su cultura sobreponerse al dolor de su época y alejarse del espectáculo de ambiciones groseras y de torpezas que era la política, no quiso desertar y empleó esos que pudieron ser elementos de liberación en armas de combate. Así, con estos perfiles, aparece Montalvo en el álbum conmemorativo de Ambato. Sus «amigos» de Quito han procurado reflejar exactamente la figura del hombre que escribió los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Políticos y hombres de letras unen en su homenaje el aplauso a la acción y al pensamiento de Montalvo. Políticos y literatos franceses e hispano-americanos, desde luego. Montalvo, que vino a España antes de conocer a Francia lo suficiente para declararla su segunda patria, guardó toda su vida, en lo más hondo, la melancolía de una decepción. Pocos han comprendido fuera de España, con apasionamiento tan autorizado por la cultura y el estudio, el alma de nuestro idioma, y ningún hispano-americano logró como Juan Montalvo sintonizar su sensibilidad con el ritmo del espíritu clásico español. Rodó lo ha hecho notar poniendo a contribución de Montalvo su

virtuosismo de escritor castellano. Montalvo—lo hemos dicho todas muchas veces—es un producto españolísimo que honra y acrecienta nuestro caudal literario, y, sin embargo, la gran decepción del autor de los *Siete Tratados* la motivó un desaire de la Academia Española. A nadie se oculta que hoy nuestra Academia tiene para Montalvo respeto y admiración, porque esa entidad se ha preocupado de exteriorizar tales sentimientos, como una tácita reparación por el desvío de ayer. Pero es lo cierto que lo esencial de la obra de Juan Montalvo se conoce en España por ediciones francesas, y que Francia sigue asimilándose discretamente al escritor español que tan bien escribió en francés, y lo traduce y lo incluye en antologías «latinas». Episodios como este de Montalvo son los que distraen de España la atención de muchos intelectuales hispanoamericanos y los que han inducido a la intelectualidad francesa a crear esa designación de «la-

tino» para todo aquello que ofrece en América algo estimable y que no puede llamarse francés a pesar de ir infundido de espontánea e innegable francofilia.

(El Sol, Madrid).

Palabras (1) de Gonzalo Zaldumbide al colocarse, en París, una placa conmemorativa en la casa en que murió Montalvo:

Señores, mi lejano país no es de los más grandes de nuestra inmensa América; pero ha tenido a menudo el privilegio de producir hombres cuyo espíritu ha traspasado nuestras fronteras. Montalvo es, de entre ellos, uno de los más grandes. Para mostrarlo en su gloria continental, no me toca sino repetir las palabras de un maestro irrefutable. Al terminar el más bello estudio sobre Montalvo, dice Rodó:

(1) Estas palabras y las siguientes de Unamuno, se toman del *Homenaje del M. I. Concejo Municipal de Ambato a Juan Montalvo en el XCVI aniversario de su nacimiento*.

«La posteridad, llamada a consagrar los laureles de este primer siglo de vida independiente, dirá que, entre los guías de América, pocos hubo tan grandes como este hijo de una pequeña ciudad de los Andes ecuatorianos».

Palabras de Unamuno:

«Señores: Aquí, en esta casa, lejos de las altas montañas volcánicas donde se forjaron sus huesos—los de su cuerpo y los de su alma—terminó su vida, pobre, solo y proscrito, aproximadamente a los cincuenta y seis años, Juan Montalvo. La tierra francesa, dulce, muelle, húmeda, envolvió su cuerpo y su espíritu como un sudario, impregnada en la majestad de la lengua española, la lengua de Don Quijote. Gustó del exilio, la soledad y la pobreza, y con éstos engendró, en el dolor, obras inmortales.

Su muerte encontró aquí una patria y la patria de la inmortalidad en todos los espíritus

de lengua española, en la humanidad civilizada. El Ecuador de hoy día, «libre, instruido y digno», que recoge sus restos, rinde este homenaje inmortal al que fué llamado loco y antipatriota.

Loco, como Jesús fué llamado por los suyos, por su familia. Como Jesús, según el cuarto Evangelio, fue crucificado como antipatriota. Loco igualmente, como Don Quijote, al que se le acusó de las desgracias de su patria. Y como ellos murió Montalvo, cristiano qui-jotesco, pobre, solo y proscrito.

Pobreza, soledad, proscripción!... No debo hablar de esto! El tiempo apremia, y la ocasión, el lugar y el estado de mi espíritu pueden ahogar mi voz en los sollozos.

Adiós pues! A Dios que guarda eternamente en la historia—la cual es su pensamiento— a los profetas, y a los apóstoles de la cristiandad, y a los tiranos, artesanos de bestialidad, que saca de la sombra de éstos la luz de aquéllos; adiós a Montalvo que vive inmortal en nuestra lengua».

Carta de Chile

Santiago de Chile, 25 de Agosto de 1927.

Señor don

Joaquín García Monge

San José de Costa Rica.

Mi buen amigo:

Hace ya demasiado tiempo que no consigo atender mi correspondencia personal como la cordialidad, sobre todo la de amigos como Ud., exige. Pero he tenido una razón poderosa: los sucesos públicos de mi país. Yo, que viví ajeno a la política siempre, asqueado de ella; yo, que por trabajar cabalmente en una de las cámaras legislativas, pude conocer aquel puchero en su interior y aparté siempre de él la cara, con las narices entre el pulgar y el índice; yo, el emigrado a la isla del ensueño, me ví sin embargo, un buen día, inflamado de ilusión por la cosa pública. No sé si hubo en ello un estallido de venganza contra la inmundicia, o si fué el alza viril del patriotismo ante la buena posibilidad. Lo cierto es que desde Septiembre de 1924, con todos mis amigos, me dí a la empresa de salvar a Chile y reeducarlo. Desde entonces, no escribo, no leo casi—literatura, al menos—y vivo solo de este gran ardimiento. Y por esto también le escribo a Ud. hoy.

La última vez que lo hice fué cuando le envié aquel manifiesto suscrito por lo más digno de nuestra intelectualidad, a

propósito de lo que se ha llamado nuestra revolución. Sí; recordará Ud. que allí firmaban Armando Donoso, Pedro Prado, Jorge Hübner, Hernán Díaz Arrieta y otros muchos, que explicábamos a la América este movimiento, para acallar una vocinglería absurda que se levantaba entre gentes mal informadas por hombres de ideas hechas y políticos despechados que habían caído por su propia putrefacción, gentes que hablaban de militarismo, tiranía del sable y otras sandeces. Llevaba aquel manifiesto tanta solvencia moral y de pensamiento, que no dudamos de Uds. los amigos del Continente y nos dedicamos a la obra interna del país. Pero he aquí que hoy, cuando vamos cumpliendo el éxito, cuando hasta los suspicaces se han entregado a la cooperación y cuando aun los extranjeros que desde lejos desconfiaban nos han tomado el verdadero pulso y nos aprueban, Ud., un viejo amigo de Chile, que nos quiere porque en Chile se formó y educó, que es aquí querido y seguido en su obra de fraternidad americana, es sorprendido de repente por especies mentirosas y, sin beneficio de inventario, las divulga en su *Repertorio Americano*. Esto me exige abrir un paréntesis a mi vida de acción, para ponerle estas cuatro carillas.

Eso que se ha llamado nuestra revolución, mi buen amigo, no ha sido más que la crisis de un régimen y unos hombres

en descomposición. El régimen nuevo no nació de un caudillo siquiera; es el rehacerse unánime de los honrados, por suerte el noventa por ciento de Chile. El Coronel Ibáñez es hoy nuestra cabeza porque el país reconoció en él su hombre del momento, aquel que fué enérgico en las horas difíciles y moderador cuando el enardecimiento pedía excesos. Sin pretender jamás otra cosa que salvar su causa, eludiendo la Presidencia tal vez con porfía excesiva, ha llegado a ella hoy, no por su propio empeño, sino porque lo proclamaron y eligieron el noventa por ciento de los chilenos, en la elección más limpia, en la única elección pura que yo he visto desde que tengo juicio y en la cual sufragaron casi todos los hombres inscritos en los registros electorales. Y este hombre, todo carácter, y todo sencillez, todo desinterés y comprensión, con un grupo de ministros jóvenes—la juventud tiene la ilusión del mundo—ha venido al fin a darnos la sensación y la certeza de que tenemos patria, de que somos una raza eficiente, de que hay virtudes en nosotros, de que podíamos renacer de nuestras cenizas. En dos años, hemos recuperado cuanto tiempo perdimos en treinta. Legislación social moderna, moneda fija, resurgimiento industrial, depuración de servicios públicos y orden administrativo, seguro obrero, sanidad nacional, higiene, reforma educacional, pensión de retiro para los periodistas, poblaciones jardines para el pueblo en ve de las pocilgas ya demolidas; supresión de la

usura y la especulación, y, consecuencia de todo esto, un espíritu nuevo en todos los chilenos, espíritu de ahinco en el esfuerzo, de fé en el trabajo, de sobriedad en las costumbres; he aquí el fruto. Si en medio del régimen pasado, el mozo aprendía que la sociedad era injusta y que sólo el medro, la astucia, la adulación y el favor electoral hacían surgir, hoy aún los pillos parecen convencidos de que no hay mejor negocio que ser honrado.

No se deje Ud. engañar por interesados, ni por caídos, ni por esos teóricos que viven con la democracia de Trajano y Solón y creen que todavía puede el mundo, después de la Guerra Europea, levantarse sobre la Declaración de los Derechos del Hombre. Esos demócratas con la boca llena de democracia siglo XIX son los conservadores hoy. El derecho es una cosa viva y las crisis del mundo lo crean de nuevo. Sus leyes no permanecen como las del juego de ajedrez. Un código nuevo crea una normalidad, la normalidad propia de su tiempo. Luego, las realidades andan, modifican la estructura del mundo, y el choque de ellas con el derecho envejecido producen las crisis en las cuales lo caduco se derrumba. Entonces parece que no hubiera derecho, porque los pueblos se las arreglan como pueden, como la realidad les exige; pero se ve pronto que reaparece y no ha hecho sino renovarse. ¡Ay del pueblo que en su instinto carece de este sentido! Chile, afortunadamente, lo tiene y por esto renace.

Esto es nuestro país hoy, un renacido. Y no crea Ud. en cartas majaderas. Ha habido deportaciones en Chile, sí. ¿Y qué? Ud. es educador y sabe que educar es cumplir un proceso de formación de hábitos, como sabe que reeducar es conseguir un

proceso de concluir con hábitos malos y formar nuevos. ¿Puede hacerse esto sin apartamiento de quienes perturban? Usted ha celebrado la revolución de México. ¿Hubo poca violencia en ella? Yo recuerdo que un mejicano residente en Chile hace poco, cuando aun el Coronel Ibáñez tenía que luchar contra la reacción, opinaba que no triunfábamos mientras no sufriéramos "la purificación de la sangre". Ibáñez, sin embargo, chileno, duro pero sereno como tal, de vista larga y alma bondadosa, sencilla y recta, prefirió un camino más lento. Y hoy tiene la gloria de habernos conducido a este fin sin un duelo. El haber conjurado la guerra civil da tal vez el blasón más grato al Coronel Ibáñez. Gracias a ello trabajamos sin odio y los adversarios de ayer cooperan hoy. No cuentan, naturalmente, los rencoreillos empedernidos de sobrevivientes de esos partidos políticos anacrónicos, dentro de cuyos organismos muertos se proclama ya la necesidad de renovar sus programas y hasta sus hombres.

No sé si esta carta precipitada merezca la publicación en *Repertorio Americano*. Si no su forma atropellada, creo que su contenido la merece. Sobre todo, porque le han sorprendido a Ud., gentes sin solvencia de ninguna especie, con cartas que pueden desprestigiar a este país al cual Ud.—lo sé—quiere de veras. Luego, porque mi firma tiene entre los escritores y lectores de América por lo menos el antecedente de una vida pura, sin políticas, sin intereses personales, y ello debe añadir fé a la verdad.

Y por no invadir mucho espacio en *Repertorio*, concluyo, mi querido García Monge; eso sí, con el más efusivo *shake hands*.

EDUARDO BARRIOS

angustias de una viuda; el gemido de los huérfanos; la indignación solidaria de los pueblos que cobijan el Planeta y el germen de una doctrina que no carbonizará jamás la silla eléctrica!

¿Pero cómo explicar tamaño crimen perpetrado por la *justicia* de los vástagos de aquellos próceres que con Jefferson y Adams dictaron para todos los hombres el decálogo de los derechos y que todavía mantienen viva en el estuario incomparable del puerto titánico la más deslumbrante antorcha que se haya encendido para honrar la Libertad?

El puñal de «la mano negra» que otrora desvalijara sólo al paseante en los suburbios del Barrio Chino, llega en cierto minuto a rasgar la pechera de los potentados de la Quinta Avenida y a convertirse en una pistola macabra que dispara ciega contra los guardianes del esoro que los Bancos multimillonarios encierran en sus arcaes de acero; constituye una amenaza dantesca para el turista; colma de terror al comerciante; llena de pánico al empresario; eriza los nervios del obrero; roba la tranquilidad y el sueño al agricultor fecundo y destellea con fulgores horripilantes, como estoque mefistofélico sobre la civilización, en la urbe de los rascacielos y sobre el progreso, en la anchurosa pradera donde el esfuerzo y el tesón del labriego truecan la tierra en frutos, las áridas rocas en pepitas de oro y el bosque agreste en templos para el hogar que bendice la luz del sol. Se acerca el apachismo disfrazado de caballero a todas las ventanillas de «Caja»,—algunas veces ostentando en la solapa emblemas de honor, pero siempre dispuesto al disparo con la Brown que da lugar en un solo fogonazo a nueve muertes,—para burlar la houradez con la amenaza del plomo, arrebatar en un segundo impetuoso todas las águilas acumuladas por el ahorro, la discreción y el tiempo, y establecer el terror del *hands-up* que desgozna en su misma base toda la armonía social. La cerradura indescifrable de las alcancías de Marvin resulta inútil, así como la probidad más templada de los Cajeros y Pagadores degenera en hilarante comentario de cantina, frente a las pistolas severas de la «mano negra» que donde quiera dejan la muerte y se llevan el oro. La burguesía grita; el proletariado llora; cien millones de habitantes se conmueven y el Gobierno de la más grande Federación que hayan nunca visto las edades, cierra un puño y abre dos ojos...!

Los Estados Unidos son una nación pero no un pueblo, en el sentido etnológico del vocablo. «Allí el ruso, el calmuco y el boruso y toda obra y todo uso a la tierra nueva es fiel, pues se ajusta y se acomoda toda fe y manera toda a lo que hace, lima y poda el sin par Tío Samuel»—como en trova inmarcesible apuntáralo Rubén Los blancos de ojos grises, que dejaran sus madres en Escandinavia o en Irlanda; los negros que en Berbería buscan el Panteón de sus mayores; los amarillos que

La silla eléctrica

Para don Ricardo Jiménez, escudo de Costa Rica

UNA onda de espanto circuló por el mundo; la flama de la protesta se encendió en el corazón de los hombres; el clamor universal compitiendo con el trueno escaló los Cielos; por primera vez acaso en la accidentada historia de los siglos la compasión eslabonó las almas y el Verbo del Calvario halló eco generoso en la piedad humana..., cuando el Gobernador Fuller, oculto tras los muros inexpugnables de una residencia señorial que doscientas ametralladoras blindaron contra la indignación popular y que un dique aterrador de milicias pretoriales formara para defenderla de las corrientes reivindicadoras, lanzó desde Boston—desde la cuna de Benjamín Franklin; desde la misma ciudad que hace 157 años anunciara con un cañonazo en el Fuerte de William el advenimiento de los derechos ciudadanos y de los nuevos retoños sociales y de la independencia de las naciones—el veredicto fa-

tal que condenaba a la cámara electroliante de Charleston la vida rica de dos pobres obreros, que con el pie en la alpargata y la frente en el ideal, presentando pasaportes italos, desembarcaron, hacía más de un lustro, en la Metrópoli del Comercio para conquistar el porvenir.

Sacco y Vanzetti, llamando a las puertas de Nueva York.—cuando la devastación europea, como una marejada dejaba en las playas de América los brazos supervivientes de la guerra,—recuerdan el menesteroso de Génova ante el pórtico de la Rábida. Se les franqueó la entrada; consiguieron allí pan para mitigar el hambre, pero se les puso en el camino de la inmortalidad que les dio la muerte! De Colón queda más que un Continente, toda la Tierra que por él es redonda; de Sacco y Vanzetti: el puñado de cenizas que hoy lleva un Trasatlántico con rumbo hacia el Adriático; los llantos de una hermana, las

han dejado su trenza en la Mongolia; los rojos indios que aún lloran al leer *La Cabaña del Tío Tom*; los latinos que en Luisiana, repiten el francés del Rey Sol; los españoles que en Texas todavía viven la Castilla; los judíos, para quienes el Orbe es un exilio y se asientan por doquiera como troqueles que amonedan; los descendientes del Inca y del Araucano y del Quiché; los vástagos azules de los Estuardos y los Tudores, todo lo que es mundo, en fin, allí se conglomeran con carta de ciudadanía bajo el pabellón de las estrellas! La Babel del siglo xx, entre razas antípodas, tendencias incoercibles, idiomas desmigajados y costumbres opuestas, mira filtrarse, en las pedretas del conservatismo cuáquero, las aguas azufradas del avance bolchevique.

Precisa, según el criterio oficial, ponerle punto a la hazaña del malhechor que con una escuadra descuadra los balances de la plutocracia; que transforma las ideas en nitroglicerina para volar los sólidos muros de la institución arcaica y que pretende elevar en los plácidos jardines de Mont Vernon un monumento ecuestre a Lenin. Da rienda suelta a la investigación para que cual un Dios Argos escudriñe con cien ojos la génesis de la tragedia incesante, y el detective, tras ir y venir sobre el cielo y bajo el mar, desde el brillante palacio de River Side hasta la mugrienta buhardilla de Down Town, no halla entonces las raíces del mal en el hambre de los desheredados ni en las ansias sociales de un equilibrio económico, sino que pretende encontrarlas en la Tercera Internacional Roja, donde el hielo de Moscou se trueca en una pila de Leiden para descargar el fluido indetenible de la acción resurgente sobre todos los operarios del mundo. «No es la miseria negra, es la Rusia Roja»,—exclaman enseguida los coros de magnates estadounidenses,—quien dinamita nuestro país y pone a temblar el Capitolio de Washington: la persecución arranque por siempre la semilla de Trotzky; de Bakounine y Tolstoy quémense los libros; nadie lea aquí *El Reloj*,—cuyo autor fue penado por besar audaz el camanance de una bailarina,—y todas las voluntades y todas las fuerzas ahora únanse para rajarse con bigstick la cabeza del Soviet! Si dejamos crecer la hiedra del socialismo anárquico, pronto se secará el árbol frondoso de la República...

Quince días contaba la primavera en abril de 1920 cuando Federico Parmanter y Alejandro Berardille con diecisiete mil y más dólares que la Casa Slater & Morrill les confiara para distribuir un pago entre factores de la sucursal, volaban raudos en un taxi que corría por la asfaltada avenida de Baintree. Suenan de pronto disparos de pistola; se escuchan enseguida ayes de dolor; el vehículo se detiene; la sangre se suelta; dos hombres mueren; el dinero desaparece y otro automóvil escapa presuroso con rumbo hacia Bridgewater... Ahí se fugó el homicidio! Ahí Nicolás Sa-

cco y Bartolomé Vanzetti pusieronle alas al crimen para que la pista se perdiera en las nubes de la duda...; pero son ellos y sólo ellos pueden ser, quienes tras muerte y robo, como agentes del oso ruso y representativos de la «mano negra», acometieron en forma trágica contra los intereses de Slater & Morrill Company y se alzaron en escape para poder comprobar la coartada. Una mujer les vio; hay una gorra perdida que encaja en la cabeza de Sacco y un revólver también que, según los expertos, hizo blanco en Berardille...

Con tales piezas de convicción, que aquí,—donde todos se suicidan,—no servirían ni para encabezar una sumaria, allá el Jurado de Norfolk encuentra apoyo suficiente para un pronunciamiento de culpabilidad plena y, lo que es más, una base granítica el severo Thayer para aplicar la pena capital. La conciencia humana estalla en protestas desde los más recónditos confines del Orbe contra el veredicto temerario; habla Dios por boca del Vaticano en favor de la inocencia; los Gobiernos, las asociaciones, los pensadores, los obreros, todo cuanto palpita y vibra por compasión y justicia se solidariza con los dos latinos penitentes que durante siete años, no en el aislamiento, no en la prisión, no en el tormento medioeval de la rueda descoyuntadora o del baño en plomo derretido, sino en estertor espantoso que ni la fantasía de Alighieri lograra imaginar para encender el horror en sus páginas infernales, pasan entre rejas infranqueables, sin otro consuelo para la vida que la esperanza en la muerte y sin otro bálsamo para el presente que la luz de lo Eterno!

Celestino Madeiros se echa sobre sus hombros la cruz de la responsabilidad; testigos del cargo se retractan; los que pudieran acusar como herederos damnificados impetran la libertad de los reos; no hay ya proceso ante el error, ni fallo puede existir condenatorio cuando la sociedad entera es la que absuelve.

Al delincuente, conforme las reglas científicas de la doctrina criminalista mo-

derna, se le recluye, mas no ya únicamente para vengar en él un quebrantamiento de las ordenanzas sociales como en épocas idas, sino para evitar, sobre todo, la reiteración del hecho y el peligro del contagio. No existe un reo vulgar en el cual se descarga la ira del verdugo despiadado, sino el enfermo a quien el Juez atiende como Médico de cabecera para estudiar en sus características psicológicas la determinante de la infracción y así aplicarle el curativo que corresponda al caso. Garofalo y Carrara, en Italia, destruyen el añejo Fuero Juzgo español y proclaman ante la faz de la Europa pensante, la suprema verdad de que el crimen es una resultante del morbo remediable y no un producto de la pasión humana que sólo mediante la muerte puede extirparse. Berenguer, en la Francia cerebral va más lejos todavía y obtiene la suspensión del castigo en favor de quienes ostentan en la hoja de su vida sanos antecedentes y sólo obraron por impulso de motores psicóticos y, coincidencia terrible y maravillosa: fue el mismo Estado de Massachusetts—donde hoy la silla eléctrica convierte en cenizas a Sacco, Vanzetti y Madeiro—el primer pueblo del globo que en sus códigos escribiera, mucho antes de brotar la evolución penal europea, las palabras «olvido, amor y perdón» en beneficio de la delincuencia adolescente.

La ciencia moderna del criminalista, secundada por el Juez, busca hoy en la pena una droga para restaurar la salud del alma y no la inflicción de un maltrato corporal; y mira en los establecimientos penitenciarios no el Jardín de los Tormentos que describiera con pluma latigante el formidable Mirbeau, sino el plácido sanatorio donde la enseñanza, el trabajo y el ejemplo devuelven al delincuente en todo su vigor la potencialidad ética que se requiere para la convivencia social.

La sociedad no es un mito, sino un organismo tangible que extiende sus alas sobre los hijos, como un ave amante para abri-

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

gar los polluelos cuando truena la tempestad. Se mide hoy al delincuente y se pesa el delito, ya no como a un caso esporádico y aislado, sino tomando en cuenta, sobre todo, sus relaciones y efectos sociales.

El Juez no puede ser en esta hora aquel fiero verdugo de la vindicta o la venganza que fustigara incompatible y ciego, sino el personero de la sociedad que reprime el yerro, que encauza al desviado, que premia al bienhechor pero que nunca impone una muerte que sólo a Dios le es lícito decretar.

Por muy alto que se levante el bastón borlado del Juez, quedará muy por bajo la justicia si no tiene apoyo en la opinión social. «He aquí una sentencia—exclamaba Jordano Bruno ante los Magistrados cuando jugaban con su destino—que os conturbará más al leerla que a mí al escucharla».

En el affaire Sacco-Vanzetti, que mantiene durante siete años la inquietud universal, no es ya un grupo de hombres quien levanta barrera frente al Jurado de Norfolk, ni una sociedad determinada la que clama contra la electrocución, sino toda la humanidad quien aboga por la inocencia y quien eleva a los cielos, como el Rabino de Galilea, una plegaria de perdón.

Ante la conciencia están absueltos, porque el mundo les declara exculpados; ante la sociedad sentenciadora no procede la imputación del crimen porque las pruebas de cargo se deshacen como arena deleznable; ante el jurisconsulto Thompson hay homicidio, pero sólo de parte de los jueces que condenan a muerte sobre flácidos indicios que el plenario descalifica; y ante la historia se enciende terrible la tragedia producida no para desbalijar diecisiete mil dólares en Beintree, sino y sobre todo, en el frío gabinete de Fuller, para demostrarle a los pueblos el poder incontrastable de los Estados Unidos que arrebatan al emperio las estrellas, cuando quieren ornar su bandera y la vida a los hombres cuando quieren imponer su justicia!

El viejo pueblo de Israel quemaba anualmente un cordero indefenso a fin de que el humo que brotara de sus carnes achicharradas diera salida a las culpas y pecados de los nobles hijos de Abraham. En el sillón electrificante del Boston secular, que aún guarda en sus venas toda la grandeza de Inglaterra, la iniquidad se perpetró; pero no ya como entre los hebreos para limpiar de mácula las debilidades de la raza, sino para decirle al mundo:

1º.—Cien millones de habitantes, que forman un almaciguero heterogéneo de ideas y de sangres, sólo pueden amalgamarse cuando tienen a la vista la Estatua de la Libertad, que le burla el ocaso al sol, para que la honradez del labrador encuentre, como en noches polares, eterna luz sobre su camino, o una silla de Torquemada para que la picardía y la disolución se calcinen siempre que den paso fuera del camino de la ley. Se necesita la muerte para que viva la patria!

2º.—Cien millones de habitantes deben protegerse, para lograr que realicen la

alta finalidad de su destino. Que los puertos se cierren para el japonés, porque es amarillo, grita en California la autoridad, cuando con espíritu localista defiende la competencia del brazo industrial y rechaza valerosa al nipón que inmigra para abaratar el salario del obrero. Que los médicos especialistas no dejen pasar de la borda de los cien vapores que a cada minuto se amarran en los docks, donde el comercio de ambos océanos descarga rápida su mercancía, a nadie que traiga microbio patógeno que pueda engendrar la contaminación mórbida que diezme al pueblo; y, particularmente, que no desembarque jamás la semilla de Proudhon, que si en 1848 fue mecha de una nueva hecatombe francesa y en 1905 el germen del anarquismo ruso, no sea hoy la bomba que hace saltar en explosión tremenda todo lo que edificara el progreso.

3º.—Cien millones de habitantes, que ahora señalan por escudo la misma águila de los césares, como las falanges de Augusto y los regimientos de Napoleón; tienen alas sueltas para revolotear cual gorriones en los campos de la prensa, en los estrados de la Academia o en la plaza popular; pero deben enjaularse,—quetzal que muere—cuando intenten penetrar en el Palacio de la Justicia o llevar el espíritu democrático contemporáneo al pensamiento de un sentenciador.

En punto a justicia, no avanza más el Tribunal de Rota en la Roma de los Papas, que un alcalde renovador en los Estados Unidos; porque allí la propulsión reformista de la Nueva Inglaterra cambia la faz de los edificios y el mecanismo de la ingeniería; pero nada puede contra la vieja Inglaterra que hoy vive el ayer en el corazón de los jueces. El Juez es infalible y aunque se desplome el Cielo y se apague el sol y todos los astros alteren su curso y todos los hombres estallen en protesta, y se sacuda la entraña de la tierra y viertan fuego los volcanes y resuene por todos los ámbitos del orbe la trompa apocalíptica del Juicio Final, un gobierno omnipotente y cien millones de habitantes, tienen que respaldar a Fuller para que carbonice en la silla eléctrica a los exponentes de un ideal...!

Ante la pujanza de este pueblo gigante, sin paralelo en la Historia, se inclina hoy la cabeza esmaltada de los reyes; se yergue altiva la frente sudorosa de los obreros; y todos los ciudadanos del mundo bajo la sombra de Luis de Lafayette entonan a pulmón lleno la Marsellesa de la libertad; pero ante el sillón tétrico de Charlestown, donde veintemil voltios carbonizan vidas de esperanza, la humanidad repite con el apolonida nicaragüense lo que palabras de oro se esculpieran en el férreo blasón de Roosevelt: «Y pues contáis con todo os falta una cosa: Dios!»

J. FERNÁNDEZ MONTÚFAR

Cartago, Setbre. 7 de 1927.

PINTURA DECORATIVA

Rótulos y Anuncios Artísticos
COMERCIALES

Lidio Bonilla P.

Pintura Escenográfica

Dibujos en todo estilo — Para grabados

125 vs. al Sur de El Aguila de Oro

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina
Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América.

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Dirijase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

La revista

Cromos de Bogotá

En la administración del REPERTORIO AMERICANO hay la posibilidad de conseguir ejemplares nuevos de la revista *Cromos de Bogotá*. Como se trata de un semanario ilustrado de hermosas letras y de mucho crédito en Colombia, no dudamos que algunos de los colombianos y costarricenses que nos lean nos soliciten luego la suscripción. Disponemos de los números 553, 554 y sucesivos. Vendemos el cuaderno a razón de **¢ 0.75**, puesto en cualquier lugar del país.

Al mismo precio, a **¢ 0.75**, vendemos también AMAUTA, la notable revista de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica que edita en Lima José Carlos Mariátegui. Disponemos del número 1 al 8, el último que ha salido.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Repertorio Americano

Vendo números sueltos y atrasados.
Completo colecciones y las empasto. Precios módicos.

Pida más informes en *La Prensa*, o por el apartado 409, en esta ciudad de San José.

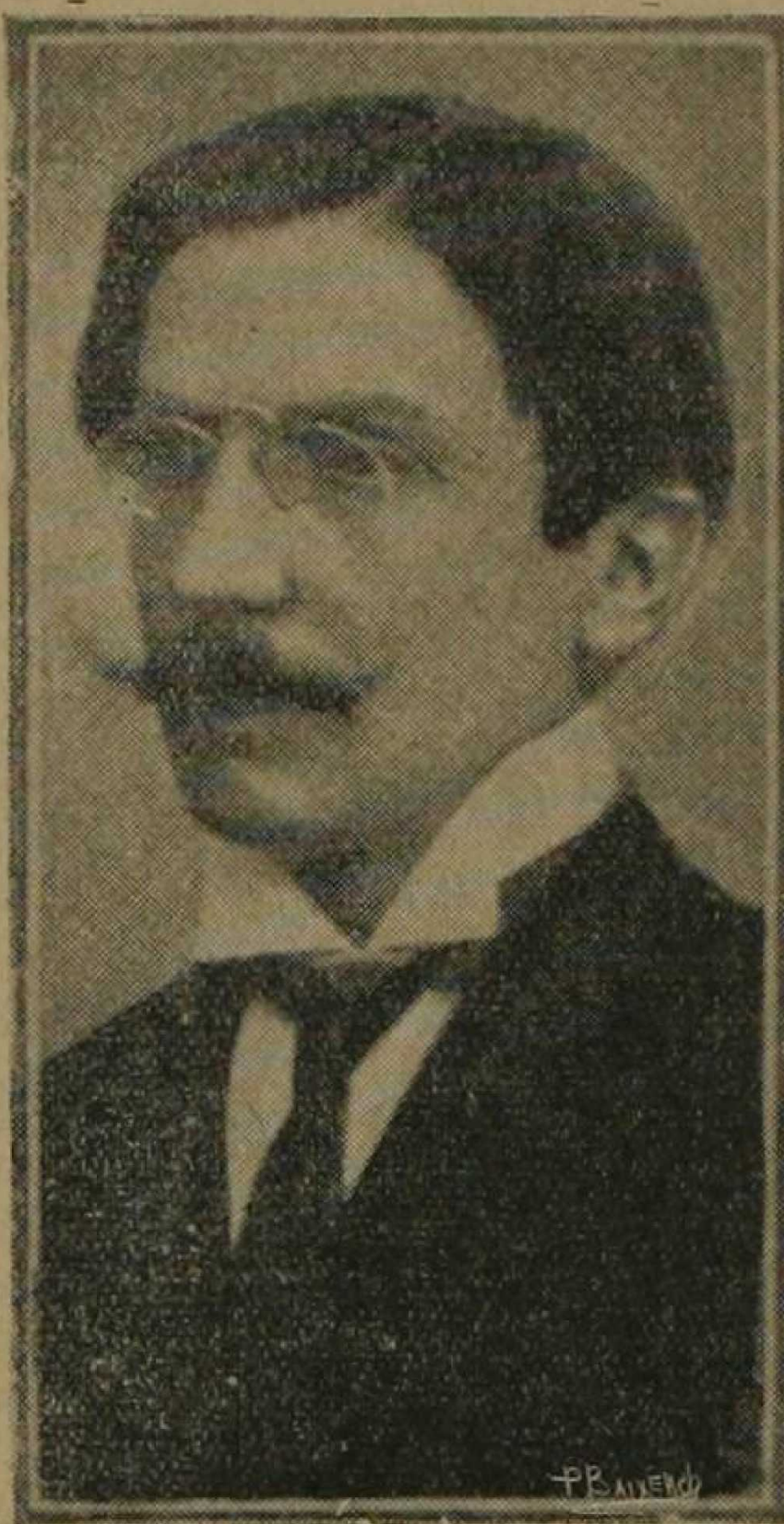
MIGUEL OLIVARES

La patria de Bolívar y Bello puede ufanarse ante el mundo de haber producido una pléyade de héroes e ingenios que, si otros títulos no tuviera, eso sólo bastaría a darle puesto de honor entre los pueblos cultos y lugar muy señalado en la historia universal.

Ha florecido allí la literatura con la exuberancia propia de estos países que, sedientos de libertad, cuando la hubieron, acompañaron con ella no sólo el andar político de las nacientes nacionalidades, sino todas las manifestaciones que afectan íntegramente su existencia colectiva: eso explica por qué ilustraban nuestros próceres sus discursos y escritos militares con citas más o menos oportunas de hombres y hechos vinculados a Grecia, Roma y demás pueblos que dieron la ley al mundo en punto de libertad, derecho y vigor intelectual; y acaso sea la clave de la ceñida imitación en todo orden de cosas extrañas a nuestro medio y disconformes con nuestra idiosincrasia, que ha sido el escollo en que hemos dado para no adelantar como debiéramos, no sólo en letras pero en los demás ramos de la pública actividad.

Publicistas eminentes, prosistas y poetas de alto bordo merecieron con Manuel Díaz Rodríguez, claro renombre intelectual, en el vasto escenario de la literatura venezolana. Pero este espíritu de selección, como Rodó en el Uruguay, como F. García Calderón en el Perú, como Carlos Arturo Torres y otros dos, en Colombia, les ha echado el pie adelante a los mejores por el aspecto artístico y armonioso de las cláusulas, que, pese a los que crucifican la substancia intelectual en la bronquedad de los conceptos, sin la nobleza de expresión es difícil dominar las cimas de la belleza literaria: ya dijo Alfonso el Sabio en sus *Saberes del Trivio y del Cuadrivio*, que la forma ha de «ser fecha por palabras apuestas et fermosas et bien ordenadas».

Desde este punto de vista contemplado, Díaz Rodríguez puede considerarse como un virtuoso del estilo, pues la gracia, donosura y aire aristocrático que a modo de fragancia exquisita despiden casi todas las páginas de este maestro del buen gusto, que también es un esteta consumado, rara vez, si alguna, se encuentran con tanto relieve y esplendor en otros escritores. En sus obras parece haber seguido muy de cerca el querer de Vigny, para quien un libro debe estar compuesto, esculpido, dorado, tallado, rematado, limado y pulido como una estatua de mármol de Paros. Se le ve, como a Flaubert, presa de la tortura de la palabra justa, del epíteto exacto, de la frase sonora, impecable, sin repeticiones; o como a Gautier, poseído de la curiosidad especial por la palabra nueva y coloreada, con la preocupación del joyero que monta piedras raras; si ya no es obsesionado por aquel deseo insaciable e insaciado de comunicar al estilo, de encerrar en sus trabajos la suprema emoción sentida por escritores que, a un mismo tiempo, fueran artistas insuperables del dibujo y la acuarela, maestros en aguas fuertes, grabadores, cinceladores y pintores, a efecto



Manuel Díaz Rodríguez

de aprisionar en un solo haz el mundo de las sensaciones, el de los colores y el de las ideas. Y es así como, por la originalidad de la forma, con un estilo espiritual y curioso, vibrante, nervioso y pintoresco, se impuso a la admiración de sus contemporáneos; por eso, por la «conciencia de su propio estilo», que fué su «orgullo» de escritor.

Para llegar a este punto hubo de hacer estudios de varios linajes, uno de ellos el de las lenguas, y especialmente el de la nuestra, como se nota a través de su discurso, donde sin esfuerzo se puede advertir que los motivos de su predilección fueron el campo, la patria, el idioma y el arte. Ofrecióle la naturaleza circunstante anchos marcos para sus cuadros, si ya no forma ella el fondo de sus producciones, en la doble armonía de que habla Pombo en estos versos:

Y entran en comunión de simpatía
nuestro mundo interior y el mundo externo

Amó a la patria en Bolívar y en su tierra, no menos que en la lengua, esta incomparable lengua nuestra, fuerte y ruda, suave y dulce, porque para ella la tizona del Cid segó flores de los cármenes moros; porque hacia ella vinieron como trofeos, en la punta de las picas, las bárbaras voces flamencas; porque fué enriquecida por los tercios de Italia con deliciosos italianismos: porque le trajeron los conquistadores la sangre y el perfume de la América india en la medialuna de sus partesanas. Formada en los combates, al choque de mortíferos hierros, no es extraño que fuera inflexible y pesada, siendo a la vez noble como una armadura. Pero a la burda coraza de hierro se superpuso una fina coraza luminosa. A la desapacible música del hierro se sucedieron más deleitosas músicas. En las mismas rudas corazas florecieron imprevistas florestas de

oro. La lengua, si antes fué pesada y uniforme, dejó de serlo, para hacerse leve y dúctil, maleable, iridescente de matices. Fué sonrisa, fué luz, fué sarta de gemas. Bajo la pluma de fray Luis de León, el perfecto lapidario de los *Nombres de Cristo*, se tornó en substancia incorruptible y perfecta, limpidísima y dura como un diamante. Seca y severa en la pluma de la Santa de Avila, es muchas veces, en esta misma austera pluma, una agua ingenua que salta a empaparse de sonrisa y de sol en el cavo de las rocas. Y, unas veces cuajando en la perfección diamantina, otras veces corriendo con la fácil fluidez y la ingenuidad transparente del agua, se desborda siempre del alma de Luis de Granada con incomparable ternura, en un solo río de leche fragante y sabrosa, cuando no en varios y dulces arroyos de vinos donceles (1).

Viajó Díaz Rodríguez. El camino amaestra, adoctrina y agudece. Fruto de ello fué su primer libro *Sensaciones de viaje*, premiado por la Academia Venezolana de la Lengua, que reveló los quilates de juicio, observación y arte contenidos en aquel espíritu armonioso que no hubiera desentonado en el banquete de Platón. El éxito de esa obra fué estímulo para la otra que emparenta con ella, intitulada *De mis romerías*, a las cuales se siguieron *Confidencias de Psiquis*, *Cuentos de color*, *Idolos rotos*, *Sangre patricia*, *Camino de perfección*, *Sermones líricos* y *Peregrina o el Pozo Encantado*, que fué la última.

Rebasaría los límites de esa nota un comentario detenido sobre esos libros; cada uno de los cuales no sólo contiene un rayo de luz como la piedra misteriosa del templo de Salomón, sino un haz de ellos, que alumbrará perennemente el nombre de su autor y pondrá, como en el suelo el sol que se filtra por los intersticios de las puertas, medallas gloriosas sobre los fastos literarios de Venezuela.

Lo menos importante para las crónicas futuras ha de ser lo que se relaciona con su biografía, para lo cual bastará saber que nació en Caracas por los años de 1870 a 1872; que se doctoró en medicina y pasó a Italia a perfeccionar sus estudios; que vivió muchos años retirado en su hacienda de *Chacao*, de donde salía a pronunciar algún discurso o a enfrentarse a luchas cívicas; que fué ministro plenipotenciario de Venezuela en Italia; que en 1910 fué delegado de su país a la Conferencia Panamericana de Buenos Aires; que en 1912, el gobierno del general Gómez lo llamó a servir la dirección de instrucción superior en el ministerio respectivo; que, siendo ministro de relaciones exteriores en 1914, propuso la Conferencia de Neutrales para ofrecer la mediación a las potencias en guerra; que en 1916 fué ministro de Fomento; presidente del estado Nueva Esparta en 1925 y 1926; presidente del estado Sucre; varias veces senador; académico de la Lengua y de la Historia; filósofo y periodista.

(1). *Camino de perfección*

(Pasa a la página 202.)

María Olimpia de Obaldía

CUANDO me hablaron de sus versos, un instintivo gesto de desdén que no pude reprimir se dibujó en mis labios. Creí que la poetisa chiricana era una alondra más, que cantaba el «nacimiento de las auroras», en el espacio infinito de los malos versos.

He leído tantos libros de poetisas célebres, precedidos de prólogos y juicios encomiásticos de eminentes escritores, que desde el principio hasta el fin, sólo contenían: «Nubes que pasan», «fuentes que murmuran», «pájaros que cantan», «rosales que perfuman», «crepúsculos de estío», «dilatadas y verdes llanuras»... de monotonía y aridez, pensaba yo, que ya no me es dable acercarme sin recelo y desconfianza a ningún libro de versos de mujer, excepto si se trata de Juana de Ibarbourou, la poetisa excelsa. Y no es que yo piense que el artista no debe valerse de estos vocablos para exornar con ellos su obra de belleza y de arte, nó; por el contrario, los considero indispensables, pero sólo han de ser: la portada que anuncie la existencia de un dolor inexpresable o una pasión sobrehumana, el marco que realce el prestigio de las nobles creaciones, la luz que transparente y haga brillar más la lágrima en la faz de los vencidos, el eco hecho música y cincel, para abrir la brecha por donde pueda entrar en la conciencia humana, la subjetiva voz del sentimiento.

«La flor, la brisa, el ave, la tierra, el cielo, el mar,» en poesía, pueden abarcarlo y contenerlo todo, o a la vez no expresar nada. Su poder expresivo y emotivo será inmenso, cuando sean el alambre que conduce la portentosa luz del pensamiento, y su efecto será nulo, cuando sirvan solamente de soporte a la retórica.

Todo lo creado se hará bello si el alma de un poeta lo espiritualiza y lo canta, pero toda obra de arte será estéril, si al pentagrama de las frases no va unida, la tristeza y el dolor de la existencia, reflejada en la pupila de los seres sensitivos.

En el arte caben todas las ideas y todas las pasiones. En la melódica voz del verso pueden cabalgar todas las futilidades y todas las ironías, pero en la poesía no cabe sino el sentimiento, incrustado en raudales de armonía. La poesía en su esencia íntima es, la visión y el sentido dolorosos del mundo y de la vida, vistos y descritos por el alma atormentada de un poeta.



Generalizar la emoción estética, difundir el sentido de lo bello, debe ser la misión y la finalidad del artista, conmoverse y conmover, la del poeta. No se puede conmover a otros, sin conmoverse a sí mismo, y la facultad de conmoverse no le es dada sino a las almas de selección. Y una alma de selección y de belleza, nacida para percibir y reproducir armónicamente la dolorosa voz del Universo, es la poetisa María Olimpia de Obaldía. Lástima que los convencionalismos sociales y la ética de su sexo, pongan exclusas a su dicción. Qué grandes cosas de su corazón y de la vida nos dijera esta bella alma sensible, si la incompreensión del medio no pusiera cadenas a su inspiración. Nació para brillar en una constelación de soles y por un capricho de la suerte, brilla desorbitada en una constelación de estrellas. Si le fuera dado escribir desde Londres, Roma, Viena o París, su obra sería

muy distinta y perdurable. ¿Por qué? Seguramente se pensará que un cerebro como el suyo, bien nutrido y cultivado, que vive en permanente contacto con lo mejor del pensamiento y del arte contemporáneos, por medio de libros y revistas que le llegan a menudo, no necesita de otras latitudes para irradiar su luz sobre el planeta. De este modo puede razonar un académico o un crítico, pero un artista nó. A los espíritus profundos, a los seres emotivos, no les basta leer, sentir, comprender, admirar. Necesitan para que el fuego de su inspiración se encienda, ser leídos, sentidos, comprendidos, admitidos y consolados por otros espíritus de la misma altura y por otros corazones de idéntica sensibilidad. El aplauso noble, férvido y sincero de las grandes almas, es lo único que compensa al artista de la indiferencia, la envidia hecha crítica, y hasta del desdén, de muchos espíritus mediocres. Yo estoy

cierto de que si los grandes maestros conocieran, nó lo que la Sra. de Obaldía ha producido, sino lo que sería capaz de producir, estimulada por su admiración y su aplauso, se los prodigarían sin reservas, y su gloria crecería en altura y extensión. Para sentir el color de los soles hay que estar cerca de ellos; a grandes distancias sólo llegan débiles partículas de luz. Además, son las cosas exteriores las que despiertan en nosotros las emociones profundas. El alma del poeta, aprisiona entre sus cárceles secretas las vibraciones psíquicas que lo circundan, y transformadas y purificadas en la fragua del sentimiento, las arroja de nuevo por los cauces de la belleza a la contemplación atónita del mundo.

¿Cuál de las composiciones de la Sra. de Obaldía me gusta más? He aquí una pregunta difícil de contestar. Todo el mundo encuentra mejor y más bello lo que guarda mayor armonía con el estado de su alma, y yo he de abstenerme de citar los que prefiero, temeroso de revelar mi mal...

El espacio de que dispongo en las columnas de *La Razón* está agotado, y me apena abusar de la generosa hospitalidad del Sr. Director, pero queriendo resumir mi pensamiento sobre la autora de *Orquídeas* de decir he: Que los juicios que emite el Sr. Samuel Lewis en el jugoso prólogo que escribió para *Orquídeas*, son muy merecidos y muy justos. Que Ricardo Miró y la señora de Obaldía, son los valores más altos de la poesía lírica en Panamá, y que la Provincia de Chiriquí debe sentirse orgullosa, de haber producido un sol, capaz de alumbrar, orientar y conmover, la conciencia oscura y extraviada de nuestra querida América.

Cuando el huracán que arranca la hoja seca y la lleva por el mundo en giro incierto, hacia otras latitudes y otros cielos me conduzca, en la plenitud del mar, bajo la noche serena, yo, en la proa del barco, más que con los labios, con el alma quedadamente diré:

La sonrisa leve
que mi labio mueve
es tan solo vago rictus de dolor.
Tranquila parece mi frente moreña
y el pesar bajo ella se esconde traidor.
De jugos amargos el alma está llena...
Ven, llanto, en tus perlas diluye mi pena
y vierte en mi herida rocío bienhechor...!

Y la nube que pase traerá para David, mi mensaje sincero de fraternal amor.

ENRIQUE ORTEGA
David, Sbre., 1925.

Manuel Díaz Rodríguez

(Viene de la página 200)

Este artista puro, que se desentendió de su profesión de médico para consagrarse a faenas campestres y especulaciones literarias, que habría honrado un ciclo del Renacimiento, conformó de tal modo los actos de su vida con las actividades artísticas, que puede decirse que todo fué uno en él, el hombre y su obra, pues no cabe explicar cumplidamente al uno sin la otra. Sin que dejemos de confesar nuestra admiración por *Sangre patricia*, cumbre artística, con todo, juzgamos que fué la más jugosa de ellas, la más sustanciosa, superlativa en fondo y forma, *Camino de perfección*, donde campean filosofía, estética, arte, erudición, poesía, en forma tal que mal año, con muy contadas excepciones, para cuantos del Avila al Plata han puesto en los últimos tiempos mente, corazón y pluma al servicio del arte y de las letras.

Parece que en Venezuela y otros países no dieron a este libro toda la importancia que pregonan sus páginas soberbias, por lo cual se impone una nueva lectura de él en homenaje a la memoria del autor, que acaba de rendir su noble espíritu lejos del hogar venezolano, cuando de su pluma podían esperarse mejores frutos intelectuales, tanto más sazonados y pulcros cuanto más se aquilata el crear con la meditación, con

los viajes, con el estudio y con los años. Acaso una revisión más cuidadosa de ese libro llevaría al ánimo de lectores despreocupados el convencimiento de que este otro *Ariel* no va muy atrás de aquel que, escrito por Rodó, fué luz, índice y decoro de generaciones americanas.

Comparando con Don Quijote a este apuesto paladín del ideal, y repitiendo aquí lo que él dijo del Caballero de los Leones, podemos concluir que no hay lanza que pueda partir ese generoso corazón; ni fama alguna de caballero andante menoscabará el áurea luz de su yelmo de oro fino. Y nada prevalecerá contra él, mientras quede un corazón encendido en púrpura de amor; mientras bañe y perfume nuestras llagas el rocío de la ingenua claridad evangélica; mientras los hombres alimentemos con lo mejor de nuestra sangre el ideal de la justicia; mientras pongamos sobre nuestras frentes, por sobre todas las cosas, como el arca santa del espíritu, el desinterés de la ciencia y del arte; mientras haya un solo destello de idealidad que sonría como una promesa de aurora sobre la infamia del mundo.

MANUEL ANTONIO BONILLA

(Lecturas Dominicales Bogotá)

La fuerza de Panamá

=De *Excelsior*. México. D. F.=

The New York Times hace mofa del Congreso de la República de Panamá por no haber confirmado el tratado que recientemente firmaron en Washington el representante diplomático de dicho país y el Secretario de Estado de la Unión Norteamericana. Conforme a dicho tratado la República del Istmo se obliga a romper lanzas con cualquiera nación a quien los Estados Unidos tengan a bien declararle la guerra.

No se necesita ser profeta para anunciar que el coloso anglosajón, en el momento de verse envuelto en un conflicto armado, ocupará militarmente toda la República de Panamá, y probablemente, algunos otros países de la América Central. ¿De qué le serviría el canal, si no disponía del campo de maniobras para defenderlo? Hay que esperar, pues, que aunque el Congreso panameño no confirme el pacto celebrado, la República norteamericana se apoderará de todo el territorio que sea necesario para defender la comunicación interoceánica.

Entonces, si la fuerza se ha de imponer inexorablemente, ¿para qué sirve el Tratado? Para representar con dignidad y decoro esa comedia que bien podía titularse: *El Respeto Norteamericano por la Soberanía de las Repúblicas Débiles*. En los Estados Unidos algunos ciudadanos creen y otros simulan creer que su Patria es una nación

perfecta, que siempre ha luchado por la justicia y el derecho, nunca por el interés y la conveniencia.

Para que los ingenuos sigan alimentando su creencia, y para que los taimados puedan continuar su simulación, se hace menester presentar al Continente occidental, como un conjunto de pueblos dichosos, que tuvieron la buena suerte de que el hermano mayor fuese tan generoso e hidalgo, que se puso a cuidar y proteger en vez de explotar los intereses de los hermanos menores. En el campo de las teorías, la familia panamericana es un modelo de familias: Guatemala ama entrañablemente a Nicaragua, Venezuela adora con delirio a Colombia, Perú se desvive por Chile, y todos se deshacen en ternura por los Estados Unidos.

Cualquiera que haya asistido a un Congreso internacional del nuevo mundo sabe de sobra que el panamericanismo es el concepto más artificial y falso que se pueda imaginar y, por lo mismo, está expuesto a romperse en mil pedazos, en la primera crisis seria que se presente. Todos los pueblos hispanoamericanos se dan cuenta exacta de que los Estados Unidos harán lo que les convenga, y que no hay modo de sujetarlos a un programa o plan determinados. Las invasiones de México y de Nicaragua, de Santo Domingo y Haití, prueban de sobra

que la palabra *Derecho* se halla tan desacreditada en el nuevo mundo como en el viejo.

Mas no porque las repúblicas hispanoamericanas sean débiles, debe mofarse *The New York Times*. Si Panamá carece de fuerza para contener una invasión militar norteamericana, sí puede disponer de la energía necesaria, a fin de que esa invasión quede fuera de la Ley y de la Justicia. No se puede impedir el mal, pero sí evitar la complicidad y el encubrimiento. El Tratado que los Estados Unidos desean es un *título de Derecho*; y Panamá, dentro de su pequeñez, es el único que puede darlo. ¡Esa es su fuerza!

Si la gran República norteamericana se conformara con «haberse cogido» Panamá, como lo dijo Roosevelt en frase sincera y brutal, no había manera de oponerse a sus designios. Pero lo curioso es que los Estados Unidos, después de «haberse cogido» Panamá, quieren simular que no se lo cogieron, y para figurar bien la simulación, han creado una situación, conforme a la cual, Panamá es un país libre y soberano, dueño de su territorio, que por medio de un Tratado les cedió el canal, y por medio de otro tratado, les puede permitir la ocupación militar de las zonas que necesiten. Con este procedimiento se consiguen al mismo tiempo los beneficios del imperialismo, y el prestigio de los pueblos que obedecen tratados y se someten a juicios de arbitraje internacional.

Así, pues, la diplomacia de los Estados Unidos, se parece a la conducta de esos individuos que extienden las escrituras de propiedad de sus fincas, en favor de otras personas, porque no les conviene aparecer como dueños. En el fondo, la Unión Norteamericana se siente dueña de Panamá, especialmente desde que le entregó a Colombia veinticinco millones de dólares; pero a fin de que nadie pueda echarle en cara el procedimiento con que se apoderó del Canal, prefiere que la República del Istmo aparezca ante el mundo como propietaria. Pero así como el dueño auténtico de una cosa exige del dueño simulado que le entregue un documento en el que se defina la situación jurídica en términos que no dejen lugar a duda, así también los Estados Unidos, al reconocer la «soberanía» de Panamá han exigido a los istmeños, que en ejercicio de esa soberanía, les entreguen el canal interoceánico. Ahora les piden que empleen su «soberanía» para firmar un tratado, conforme al cual, el territorio panameño pueda ser usado libremente por los Estados Unidos, cada vez que esta nación se halle en guerra con cualquier otro pueblo.

Magnífico... para los Estados Unidos. Nada puede ser más cómodo ni conveniente que darle vida a una nación, para servirse luego de ella; reconocerle soberanía y exigirle sumisión. Si Panamá decidiera rebelarse, no conseguiría mejorar su situación real; pero si lograría obligar al coloso anglosajón a arriar la bandera de la Justicia y de la Libertad. Porque ¿con qué derecho se reprocharía la invasión alemana de Bélgica, si se iba a violar la neutralidad de Panamá?

Panamá tiene, pues, en sus manos la fuerza necesaria para quitarle el antifaz al gigante de América. La decisión no basta para conquistar la soberanía; pero sí basta para liquidar una soberanía virtual, y constreñir a la nación poderosa que le merma su independencia, para que salte al terreno de la realidad y asuma la responsabilidad de todos sus actos.

Las comedias fraternales del siglo XIX no van a poderse seguir representando a perpetuidad. Los pueblos, después de las convulsiones de los últimos lustros, están ansiosos de franqueza y sedientos de sinceridad. ¡Que se acaben las farsas y se liquiden las simulaciones! ¡Que los fuertes tengan siquiera el valor de presentarse como tales, y no pretendan como hasta hoy, poner en sus intereses, la santa contraseña del Derecho!

La fuerza de Panamá es enorme si se considera que puede forzar al Coloso de América a salirse de los tratados. Esa fuerza, sin embargo, tiene una lacra, y quizás porque la advierte claramente, se ríe *The New York Times*. En efecto, enfrente del Gobierno que se resiste a obedecer a los Estados Unidos, puede levantarse un «general libertador» que derroque al actual régimen panameño, y se instale en la Presidencia, y consigan diputados complacientes que ratifiquen el Tratado de Washington. ¿Acaso no se consiguió un «libertador» que derrocara al tirano Zelaya en Nicaragua? ¿No apareció también en México otro libertador que derrocó al tirano Díaz? ¿Por qué no se ha de conseguir en el Istmo, otro libertador que eche abajo a los obstruccionistas y se ponga incondicionalmente a las órdenes de los Estados Unidos?

NEMESIO GARCÍA NARANJO

La arrogancia yanqui

El *New York Times*, acaso el diario más serio con que cuenta la prensa de los Estados Unidos, ha publicado el siguiente editorial como comentario a la protesta de Panamá por el tratado que pretende imponerle a aquel pueblo el secretario Kellogg. Esa protesta patriótica y altiva, pero desgraciadamente tardía, no ha hallado en Yanquilandia sino una sonrisa sarcástica y un despectivo alzarse de hombros. Dice así el artículo a que nos referimos:

Es este el tiempo más oportuno para que las naciones pequeñas y débiles ensayen levantarse contra los pueblos fuertes. Nada de lo que en este sentido ha venido ocurriendo es más extraordinario que la actitud de la República de Panamá contra el tratado recientemente firmado entre sus representantes y los de los Estados Unidos. Debe haber sido una de las mayores sorpresas que haya podido experimentar nuestro departamento de estado. El objeto del tratado era el de perfeccionar la defensa militar de los Estados Unidos y asegurarles de esta manera, en caso de guerra, el control ilimitado del Canal de Panamá y territorios adyacentes, y obligar a esa república a permanecer neutral en caso de las hostilidades. Panamá debería unir sus gigantescos armamentos a los de los Estados Unidos. Esta fue la razón principal del acuerdo con el gobierno de Panamá.

Pero resultó que se alzó una verdadera tempestad en la asamblea y en la prensa de Panamá alrededor del propósito brutal de los Estados Unidos de destrozarse la «soberanía» de Panamá. Pero lo cierto es que el tratado que evidentemente habría sido rechazado si hubiera sido sometido a la ratificación, fue presentado a la consideración de los agentes de Panamá y luego fue enviado a Washington, donde sufrió importantes modificaciones.

Es inevitable un poco de humorismo acerca del David del Istmo que se prepara a salir del Goliath del continente. El primer sentimiento en Washington fué el de una divertida curiosidad. Panamá había sido mirado como propiedad americana, y como el más insignificante de los peones de nuestro tablero de ajedrez el día en que el presidente Roosevelt «la tomó» hace veinticuatro años. La idea de que pudiera rebelarse a ejecutar cualquier movimiento que se le ordenara, a nadie se le había ocurrido en Washington. Habría sido considerada esta actitud como una ingratitud de parte de Panamá para con el brazo fuerte que la trajo a la existencia. Sin embargo, ahora que Panamá se ha alzado con todo su poderío y majestad para exigirles a los Estados Unidos que enmienden algunas de las cláusulas y providencias del tratado, es seguro que el gobierno de Washington se intimide y acceda a hacer esas necesarias modificaciones. Pero lo que sí es magnífico es el espectáculo de Panamá hablando en nombre de la América Latina y protestando contra el poder de los Estados Unidos. Nada semejante se había visto en el mundo desde cuando un profesor alemán, hace algunos años, y refiriéndose a un plan aceptado por todas las potencias de Europa, decía: «Señores: Baden se opone a ese plan.»

(El Tiempo, Bogotá.)

Bibliografía titular

Los libros y folletos recibidos en la semana

De la importante y muy recomendable EDITORIAL TOR (Buenos Aires. C. Pellegrini 62. Rep. Argentina), hemos recibido las siguientes obras:

ALFREDO R. BUFANO: *Tierra de Huarpes*. (Poesías).

EVARISTO CARRIEGO: *Flor de arrabal*. Cuentos.

FAUSTO BURGOS: *Cuentos de la puna*.

VICENTE A. SALAVERRI: *El manantial y otros cuentos del campo*.

ESTANISLAO DEL CAMPO: *Fausto*. Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera.

FAUSTO BURGOS: *La sonrisa de Puca-Puca*. Cuentos de una raza vencida.

FAUSTO BURGOS: *Coca, chicha y alcohol*. Relatos puneños de pastores, arrieros y tejedores.

LOPEZ DE MOLINA: *El corazón iluminado*. Prólogo de Juan José de Soiza Reilly.

AMELIA E. CARRUEGUE: *Misterios de un jardín*.

ROQUE C. OTAMENDI: *Camino de la muerte*.

TERESA REINAUDI GROSSI: *Desde lo más profundo*.

ESTHER MONASTERIO: *Pedazos de alma*. Cuentos

JUAN B. GUERRERA: *La fiesta de San Baltasar*. Cuadro dramático en verso de puro ambiente criollo.

DOMINGO F. SARMIENTO: *Recuerdos de Provincia*.

PEDRO HEREDIA: *Fuego Sagrado* (Tres relatos de amor). Dibujos del autor.

NICOLÁS URIOS ANDREU: *La bandera argentina*. Poesías.

J. SALAS SUBIRAT: *A cien años de Beethoven* (1827. Marzo. 1927.)

MANRIQUE BALBOA SANTAMARÍA: *El país de Montiel*.

SALOMÓN WAPNIR: *Critica positiva*. Contenido: La nueva sensibilidad. De Florida a Boedo. Jean Paul. Alfonsina Storni. Juan Carlos Dávalos. Alfredo L. Palacios. «Un monstruo en libertad». Finguerit versus Lugones. Dos poetas mendocinos. Arturo Capdevila, poeta.

LUISA BUREN: *La hora de emoción*.

AMADO NERVO: *La divina inquietud*.

Más referencias y extractos de estas obras; se darán en próximas ediciones

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»
Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Varios: *La Escuela de «Las Rocas»*. 2.25

América

Revista mensual ilustrada, de Literatura, Artes y Ciencias.

Director:

ALFREDO MARTINEZ

Apartado N.º 75.
Quito-Ecuador. S. A.

Página lírica

de María Olimpia de Obaldía

=Del tomo *Orquideas*. Poesías. Panamá. 1926=

Post umbra

Mi corazón el tuyo presentía,
buscaba tu alma mi alma soñadora
y te esperaba al despertar la aurora
y te llamaba cuando el sol moría.

Tu alma acudió al reclamo de la mía
y el esquite de amor, con rauda prora,
hacia la playa do la dicha mora
lás llevó, bajo el sol que sonreía.

Juntas habitan esa tierra hermosa
y unidas seguirán aunque celosa
la muerte con crueldad de ti me aparte,

pues, cuando a solas llores mi partida,
en una estrella mi alma convertida
por escalas de luz vendrá a besarte.

Rimas de otoño

Te dije ayer: llegó la primavera...!
Cogidos de la mano
vamos a la pradera a cortar flores
amado, sin temores, que es temprano.

Hoy te digo: murió la primavera
y también el verano,
pero vamos al huerto
que aún pueden nuestras manos
extraer de las uvas
el jugo que rebose en nuestras cubas.
Antes que el hielo llegue
vamos al campo unidos de la mano;
nuestra hoz de plata las espigas siegue
que aún es temprano.

Mañana te diré: dulce bien mío,
la nieve nos rodea,
llegó el invierno frío
pero aún el fuego del amor caldea
nuestras almas dichosas:
ya la vida nos niega frescas rosas,
madura fruta y rica mies dorada;
ya en nuestras venas la pasión no arde,
ya la tierra nos brinda suave almohada,
amado, vamos a dormir, que es tarde...!

Mensaje

¿Por qué tardas? La brisa bullanguera
fatigada, ya duerme en los rosales;
de la luna la rubia cabellera
se deshace en finísimos cristales.

Como cabras salidas del aprisco,
unas tras otras saltan las estrellas
y en la laguna de argentado disco
coquetas, copian sus pupilas bellas.

Pebeteros de seda, los jazmines
embalsaman el aire con su esencia,
y la reina sin par de los jardines
con su aroma denuncia su presencia.

Rumor de alas y música de arrullos
escucho en medio de la noche fría;
hay un bello concierto de murmullos,
de perfumes, de luz y poesía...

Es hora de soñar... ven, mi adorado...!
La barca del amor está en el puerto;
en esa nave de oro, tú a mi lado,
no me intimida el porvenir incierto.

Redes de amor

Quieres perfumes? Mi alma es jardín.
Mi amor
—bella flor—
exhala su aroma tan sólo por ti.

Te gustan los astros? Mi alma es estrella
y por ti tan sólo su lumbre destella.

Amas la armonía?
Oye: el alma mía
es lira milagrosa
que por ti tan sólo vibra melodiosa.

Y por ti, mi amado, mi alma será todo:
tomará mil formas para de ese modo
retener tu amor
que es luz y calor
y en redes de aromas, fulgor y armonía
tu alma será mía
¡eternamente mía...!

Penélope

En el silencio de mi vida oscura,
Penélope de amor, el alma mía
tejía y destejía
la seda del ensueño:
de inmaculada albura
fué en mi niñez; girón de cielo
y pétalo de rosa
en mi radiante juventud gloriosa...
y era un constante
tejer y destejer la tela rara...
Penélope de amor, el alma mía
fe en su estrella tenía
y a Ulises aguardaba...

¿Los mensajes de amor tal vez serían
los que domaron a la mar bravía
e hicieron acallar a las sirenas?
...Llegó Ulises; Penélope su tela
gozosa concluyó,
y en la malla luciente
bordó después el Dios Omnipotente
con hilos de oro la palabra ¡Amor...!

Saludo

A Gabriela Mistral,
respetuosamente.

Mujer que no has sabido del dolor ni del goce
que sentimos las madres al sacrosanto roce
de otro sér que del nuestro hila su copo leve
y el licor de las venas dulcemente remueve,
¿dónde aprendiste el ritmo de la canción de cuna
que cantas quedamente, con suavidad de luna,
y cuya melodía va por valles y sierras
para arrullar a todos los niños de la tierra?

En labios conmovidos de madres verdaderas
mi oído cauteloso y fino nunca oyera
los himnos que tú tejes con plumones de nido,
en cuyas mallas siempre hay un niño dormido...

Ternezas inefables, infinitos anhelos,
traduce sabiamente tu voz de terciopelo,
y porque los arrulles con sublimes canciones
también quieren ser niños los tiernos corazones.

En nombre de mis hijos yo te saludo ¡oh Madre!
En el de aquellos niños que no tuvieron padre
y en el de los que ignoran los gratos embelesos
de sentir en sus frentes los maternales besos.

Eres Virgen y Madre como lo fué MARÍA,
y al poner en tus labios el canto de ambrosía
y en tus manos sedeñas caricias maternales
te confirió el Eterno supremos ideales:

mujer predestinada para grandes acciones,
no eres madre de niños pero sí de naciones,
que en tu cerebro inmenso como la cumbre andina
palpita el alma libre de América Latina...

Risa de niños

Para la señora Doña
Carlina Roy de Anguizola
al tener su primer hijo

Risa de los niños, surtidor divino,
en mi yermo ardiente brota sin cesar.

Risa de los niños, arroyo argentino,
entre mis arenas fluya tu raudal.

Risa de los niños, turpial cantarino,
en mi selva oscura suelta tu cantar.

Risa de los niños—sones diamantinos
de campanas de oro, de plata y cristal—

suene entre mis ruinas, campana divina,
el alegre ritmo de tu repicar.

Risa de los niños, risa de cristal,
luz y armonía brindas al hogar.

Risa de los niños, dulce cual panal,
en los pechos nobles inspiras bondad.

Risa de los niños, bella como flor,
en las almas buenas infundes amor.

Risa de los niños, pura cual vellón,
del Cielo nos traes santa bendición.

Homenaje a las Madres Panameñas Himno a la Maternidad

Concepción

=Del libro *Selvática*=

Extraña sensación mi sér conmueve
como si nueva vida me agitara:
en mi alma vibran la ansiedad del vuelo
y nostalgia de azul, de cumbre y alas.

Siento en mi entraña rebullir tan suave
como el roce sedeño de las plumas
y mis senos se esponjan cual las pomas
que a los besos del sol hinchan su pulpa.

¿Quién aumenta el calor de mis arterias
y abrillanta la luz de mi mirada?
«¡Es que ya eres fecunda como el surco!»
una secreta voz dice a mi alma.

Y al saber que mi seno era una cuna
do un infante dormía,
hubo en mi alma fulgores de alborada
y panal de ternura
fué mi sér aquel día.

Y dije al viento: «séme suave y bueno
por la criatura amada
que reposa en mi seno»;
a la fuente tranquila: «tu corriente
sea fresca y propicia
por el que en mí recibe tu caricia»;

y a los tiernos rosales:
«desplegad los capullos más fragantes,
que hoy se asoma a mis ojos por mirarlos
un adorado infante»;
y le dije a la luz: «sé más brillante»,
y a las aves: «rodeadme de armonía,
que quiero en este día
saturar mis sentidos de hermosura
por la tierna criatura
cuyas venas se infiltran en las mías».

Corrió la brisa cadenciosa y leda;
suavidades de seda
tuvo la fuente, el sol más resplandores,
y concierto de trinos y de aromas
me ofrecieron las aves y las flores.

Con los sentidos plenos de belleza
y con el alma de ternura llena,
sentíme noble y buena
y arranqué de mi pecho la tristeza
al contemplar dichosa y conmovida,
que era mi ser una ánfora de vida,

Alumbramiento

Ya te acercas, ya siento tu presencia
en el fuerte temblor de mis entrañas;
sólo el goce supremo de ser madre
es igual al dolor que me desgarras.

Siento crugir mis huesos, y en espasmos
dolorosos palpitan mis arterias;
las fuentes interiores se derraman
y la muerte famélica me acecha.

Al fin se entreabre el cofre del Misterio...
llega hasta mí la música de un lloro...
mis dolores se acallan por encanto
y mi pecho se expande venturoso.

Lactancia

A mi lado te miro y con deleite
aspiro de tu carne la fragancia:
me pareces un ramo de claveles
entre una profusión de rosas blancas...

Al sentir el contacto de tus labios
cuando mimosos el pezón oprimen,
sueño que son las alas de un querube
que rozando mis senos los bendicen.

En la onda láctea que a tu boca llega
continúo brindándote mi savia
donde se mezclan con mi amor de madre
mis supremos anhelos y esperanzas.

Y aromada y sutil como el incienso
va esta plegaria de mi pecho al Cielo:

Oración de la madre

Dulce Señor,
me hiciste renacer
por el amor
en otro sér
que dilata mi ardiente juventud.
Dame fuerza, Señor, para ampararlo,
rectitud y firmeza para guiarlo,
para criarlo, Señor, dame salud,
para formar su corazón, bondad,
para dar a su mente, claridad,
que en este sér,
quiero, Señor.
ver florecer
mi corazón. . .!

MARÍA OLIMPIA DE OBALDÍA

En el Día de la Madre

Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)

6.—La obra lenta pero segura

DURANTE toda su vida, Don Francisco fué muy a menudo solicitado para intervenir de una manera directa en la cosa pública y aún en el gobierno desde el ministerio de Instrucción. Pero él nunca quiso distraerse de su obra educadora. Murió sin haber sido ministro, ni académico, ni senador, ni consejero... Nada! Nada más que un simple profesor de la Universidad.

—Hace Ud. mal de no venir a ayudarnos en el Parlamento, le decía Salmerón. Aquí en España donde faltan hombres para todo, debemos cada uno de nosotros hacer como los tenderos de los pueblos, que venden jabón y libros, rosquillas y rosarios. No tiene Ud. derecho a hacerse un *especialista* en una tierra como esta!

—Aquí todos tenemos que hacerlo todo, decía Azcárate, insistiendo en el mismo argumento. Esto es como los teatros de a real, que para representar un ejército, van saliendo las mismas comparsas vestidas de soldados, por una puerta y entrando por la otra vestidas de obispos.

Don Francisco les escuchaba entristecido, pero nunca consiguieron arrancarle su consentimiento. Por de pronto, él no creía en la eficacia de lo que pudiera hacerse desde el gobierno.

—Leyes, decretos, para qué? Si, como dicen ustedes, no tenemos gentes para aplicarlos!

Son bien conocidas sus frases de que si por milagro tuviera él que gobernar, cambiaría bien pocas cosas.

—Por lo menos añadiría Ud. muchas que nos faltan?

—Tampoco, apenas nada... hombres, hombres es lo que falta.

A esta labor—hacer hombres—que él llamaba la obra lenta pero segura, estaba consagrado cuando yo le conocí; y entregado totalmente a ella murió, sin haber podido descansar ni un día.

Hacer hombres! La obra lenta y segura, sí... pero también la más difícil. Porque cómo hacer hombres de esta juventud que se ha ya estropeado o amortiguado en las escuelas elementales y en los Institutos secundarios de España! Para remedio de esta urgente necesidad, fué necesario cambiar gradualmente el carácter de la INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

Ultimamente se enseñaba allí de todo y para todas las edades. Se preparaban unos para examinarse libremente de las asignaturas del bachillerato, al lado de pequeños cenáculos de alumnos del Doctorado que comentaban a Bergson y William James, o las ecuaciones más difíciles. En otros pabellones al rededor del jardín, los más pequeños aprendían a leer y escribir y los rudimentos de la aritmética y del dibujo.

Esta transformación de la INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA debió hacerse por varios motivos. En primer lugar, los padres reeducados en la INSTITUCIÓN, no querían que sus hijos fueran a las escuelas donde ellos habían consumido los primeros años de su vida. Además, para los estudios pedagógicos, se debió sentir la necesidad de tener una escuela experimental a mano, donde pudieran comprobarse los resultados de las nuevas investigaciones. En América no se concebiría hoy una Universidad, sin una escuela primaria, y aún una escuela superior cerca del *campus*.

Por fin, el Abuelo comprendía la fuerte verdad de que, *en la boca de los pequeños está puesta la sabiduría*, y debió querer que sus discípulos permanecieran en continuo contacto con las almas inocentes de los niños. A veces se veía a dos de los mayores detenerse en el jardín a contemplar un grupo de chiquitines jugando, y hacerse ambos con la mirada un elocuente comentario. Otras veces, deteniendo a un bribonzuelo que iba a pegar a otro, le asediaban a preguntas, que el muchacho contestaba ceceando, pero con la cabeza bien alta y los ojos fijos.

De este modo, en aquel local tan pequeño, se juntaban varias generaciones. El Abuelo quería a menudo dar clases a los menores por una temporada, y a los chiquitines no hay que decir si les gustaban las explicaciones mágicas de Don Francisco. Recuerdo que un año quiso él dar los cursos de latín, y decía que era para estudiarlo él con los alumnos del bachillerato. Cada miércoles los que ya iban a la Universidad y no tenían otro contacto con la INSTITUCIÓN, se reunían allí por la noche en tertulia familiar, que acababa con un breve concierto de piano. Pequeños, medianos, y mayo-

res se concertaban para excursiones, y al llegar los pequeños solos, bien de mañana a la estación, eran agasajados con el mejor sitio en el tren, que debía conducirlos a todos al Escorial o a Toledo.

Así, sin salir de aquella casa, algunos empezaron sus primeras letras, pasaron sus años de escuela secundaria, y sin desarraigarse totalmente de la INSTITUCIÓN, terminaron sus estudios universitarios. Yo creo que no hay nada parecido en Europa, ni nada hay tampoco igual en América; deberíamos ir al Extremo Oriente para encontrar una entidad así, protegiendo y cuidando paternalmente de la formación espiritual y técnica de la juventud que se le ha confiado, desde la más tierna infancia hasta la madurez.

Esta complicación de servicios con todos los grados (que diríamos usando términos pedagógicos) propuso a Don Francisco y a sus compañeros, problemas que trataron de resolver, de la manera que ellos siempre resolvían las cosas, esto es, sin prejuicios, aceptando la solución que les ofrecía la vida misma. Por de pronto no hubo más remedio que intentar la coeducación. Los padres la exigían. Por la misma razón que insistían en mandar allí sus hijos, querían también mandar las hijas. La INSTITUCIÓN fué el primer centro español que estableció sin pretensiones un ensayo de coeducación.

Los alumnos de la INSTITUCIÓN, procediendo de las más distintas clases sociales, pagaban, los que pagaban, diferentes cuotas según sus posibilidades. Por ejemplo, una vez, Don Francisco fué detenido en la calle por el remendón de la portería de enfrente, quien le pidió si aceptaría a su hijo en la escuela, que él haría en cambio todos los zapatos que fuesen necesarios.

Como la INSTITUCIÓN no tenía sucursales (ni podía tenerlas!) y estaba en un barrio extremo de Madrid, fué necesario pensar en establecer un comedor y una cocinilla para calentar los almuerzos que traían los discípulos. Los mismos profesores cuidaban de vigilar que las comidas estuvieran en sazón, y si alguien llevaba un bocado extravagante, pronto aprendía a decirle a su familia que deseaba un almuerzo más ligero.

—Miren, miren Periquillo, decía Don Francisco, qué perdiz con coles nos trae hoy en la fiambreira! Y qué vinillo blanco viene dentro de la cesta! Por la tarde, no descuiden de llevarlo con música hasta su casa... El goloso quedaba corrido, y si no se uniformaban los almuerzos con estas pullas, por lo menos se hacían más higiénicos y razonables.

Otro problema fué el del alojamiento de los que venían de fuera. Muchos ex-alumnos de la INSTITUCIÓN, habían vuelto a sus casas o enseñaban en las Universidades de provincias, y querían que sus hijos fueran a Madrid a aprovecharse de la vecindad de Don Francisco. En la INSTITUCIÓN no había dormitorios, ni sitio para hacerlos, fué necesario que algunos profesores acogieran a los forasteros en sus casas, estableciendo así, automáticamente, un principio de régimen tutorial que dió los mejores resultados.

Pero los más delicados problemas eran, naturalmente, los de la educación misma. Ya hemos dicho que Don Francisco quería hacer hombres, no intelectuales; su deseo era formar un grupo,—ay! diré, casi un grupito! de hombres cultos, bien españoles y bien dispuestos para la vida moderna, lo cual parece cada día más difícil.

Yo no pretendo hacer aquí una exposición de las ideas de Don Francisco en todos los problemas pedagógicos; tengo un miedo horrible a los pedagogos de profesión, y aún recelo que en algunas cosas podría estar en desacuerdo con los propios escritos del Abuelo, quien en su larga vida, fué exponiendo y analizando todo lo que era una novedad en el mundo científico.

Supongo que algún día se escribirá por algunos de sus discípulos un monumental infolio acerca de las ideas pedagógicas de Don Francisco Giner de los Ríos... hasta dividiendo su pensamiento en dos o tres épocas! la época romántica, la época Krausista, su naturalismo final, etc. etc. Pero como yo no soy un técnico en estas materias, no pude percibir Krausismo, ni romanticismo en Don Francisco Giner, ni nada que fuera para él doctrina infalible. Era para mí y para todos los de mi generación, simplemente el Abuelo, el padrecito bueno que cuidaba de nuestras almas y se preocupaba de hacernos hombres en el más alto sentido de la palabra.

Pero si se me apura, diré que su método consistía en fomentar en cada uno de nosotros dos grandes ambiciones: una, la de conocer y abarcar todas las ciencias, el arte y las demás actividades humanas; la otra, la ambición de conocer una ciencia a fondo, completamente y tan bien como nadie pudiera conocerla en aquel entonces.

Yo diría que esto era para él *la ley y los profetas...* Primeramente despertaba en nosotros la conciencia de la variedad y unidad del mundo, obligándonos a ser respetuosos para con las demás actividades humanas, haciéndonos percibir como cada arte depende de todos los demás: como el fisiólogo depende del físico, y éste del matemático, y a su vez el matemático depende del filósofo. Estudiando en cambio algo a la perfección, se comprendían bien los métodos y los resultados de la ciencia en general, y se llegaba en contacto de los grandes problemas, y se entraba muchas veces en relación directa y personal, con los hombres eminentes de otros países, ocupados en los mismos estudios y los mismos problemas.

Eran pues dos acciones paralelas y simultáneas, no dos *tiempos* y *movimientos* consecutivos: el de admirarlo y conocerlo todo lo mejor posible, y el de especializar y profundizar en una sola cosa hasta la perfección. Alguien objetará que este sistema tiene el peligro de dispersar la atención y fomentar el diletantismo; y no hay duda que aquellos que no se sentían inspirados por una decidida vocación hacia una de las ramas de la ciencia, se exponían a perder mucho tiempo admirándolo y estudiándolo todo. Pero en cambio nos libraba de los especialistas secos que desprecian todo lo que no es su especialidad, nos libran de los especialistas de telescopio y microscopio, incompetentes para la vida, abstraídos de los demás hombres del mundo, indiferentes a los problemas nacionales.

Don Francisco quería hacer hombres, no sabios o letrados... o, lo que es peor, *medio-letrados* que decía Santa Teresa. Y para ser hombres, tenían que conocer el mundo, y para conocer bien el mundo, tenían que conocerlo todo; y para conocer el todo, hay que conocer bien una de las partes. Así, pues, el trabajo de especialización no es obra definitiva, es sólo un medio de percibir la estructura del conjunto, analizando bien uno de sus detalles. Apreciando las leyes del crecimiento, los fenómenos, y las causas en una rama del saber (como hubieran podido estudiarlos en otra cualquiera) debían llegar a tener la más aproximada intuición del todo.

Así, pues, Don Francisco con su epicureísmo ultra moderno, procuraba acercarse a todos los que seriamente cultivaban una rama del saber, aún las que parecían más extrañas a su especialización, que era la filosofía del derecho. Se le veía ávido de absorber, y contagiaba su deseo a los discípulos. A menudo se le encontraba en íntimo coloquio, que era una *santa conversazione* para el Abuelo, con Boscá, el naturalista especializado en serpientes y víboras, o con Sorolla, el pintor, o con Ricardo Velásquez el arquitecto, o un arabista como Codera, un médico como Madinaveita o Simarro, etc.

Parecerá un cuento lo que voy a explicar, pero es positivamente auténtico: un día llegó a la Institución Boscá, que venía del campo de recoger serpientes y se había olvidado de que además de las que llevaba en los bolsillos, tenía una en el sombrero, que escapó corriendo a refugiarse detrás del piano. Estos eran los amigos de Don Francisco, los que él explotaba para mantenerse al corriente de todos los ramos del saber, por lo menos los que eran asequibles para él en un centro como Madrid. Cuando se moría uno de estos, que podíamos llamar sus colaboradores, aparecía tan desolado de perder el amigo, como de notar el vacío que iba a quedar en el repertorio de nuestros conocimientos. Así, por ejemplo, muchos años después de la muerte de Linares, el director del Laboratorio de biología marina de Santander, todavía el Abuelo deploraba su ausencia, diciendo:—Qué pérdida irreparable la de Linares! Qué hombre! Cada vez que venía a Madrid, nos daba alimento espiritual para varios meses. Y pensar que después de que él se murió, estamos sin saber lo que se va haciendo por el fondo de los mares! Y vivimos tan tranquilos! Esto es lo peor: que nos vamos acostumbrando a vivir sin saberlo!...

Así lamentaba la desaparición de Don Federico Rubio, el gran cirujano y filántropo amigo suyo, de los esposos Riaño, de Doña Concepción Arenal, de quienes él decía—tanto había aprendido!—Aprender era vivir, para él; y vivir era aprender.

—Esta España, decía otro día, qué tendrá? Los mejores mueren sin sucesión o a lo más producen una sola generación de discípulos... Cuando más tres o cuatro, y a menudo éstos se pierden o se mueren y hay que volver a comenzar de nuevo cada veinte años. Y si aún pudiéramos aprovecharnos de todo lo que tenemos! Pero estamos de tal modo divididos entre católicos y liberales, que la mitad de nosotros no puede aprovecharse de lo que conoce y trabaja la otra mitad. Con qué gusto hablaría con Don Eduardo Hinojosa dos o tres horas cada semana! Pero él es negro y yo soy rojo—quién lo diría, no es verdad?

En cambio, con qué satisfacción exclamaba:—Hoy he pasado la tarde con este gran *neo*, el Marqués de la R., y quiere V. creerlo, hemos estado de acuerdo en todo, en casi todo. Qué lástima este *casi*, eh? Un *casi* así que nos hace extraños la mayor parte del tiempo, cuando podríamos colaborar en tantas cosas! Pero también es posible que este *casi* sea España.

Eran los paréntesis, salvedades, limitaciones de su propia idea, por un deseo de precisión los que daban tanto color y atractivo a la conversación de Don Francisco. Al apuntar un concepto, hacía ver inmediatamente lo que había de respetable y acaso aprovechable en la opinión de los contrarios. Así sus discípulos aprendían las diversas facetas de un problema y aprendían principalmente a discurrir y a juzgar con independencia.

Pero todo este esfuerzo de conocer, no lo olvidemos, era sólo para formar el espíritu, lo mismo que el esfuerzo de especialización.—No se vive para escribir un libro, sino se estudia a fondo un problema para conocer bien la vida. Tomando esta doctrina al pie de la letra, diríase que después de haber penetrado en el complejo aparato de una disciplina científica y de haber comprendido su funcionamiento, era excusado continuar trabajando. Para qué? Si el principal objetivo que podríamos definir como la contemplación de la acción, estaba ya logrado! Pero los límites del conocimiento son infinitos; una misma cosa puede apreciarse y comprenderse de infinitas maneras, según los tiempos van pasando.

Por ejemplo, cuando Cossío escribió su libro sobre El Greco, nos dió cuanto se sabía entonces sobre el Teo-

tocópuli. Para apreciar su arte era necesario conocer el arte veneciano y español de la época, y el arte bizantino del siglo XVI porque *El Greco* fué uno de los últimos *maestri greci* que se derramaron sobre el occidente a la llegada de los turcos. Hubo de conocer la literatura y la civilización, el pensamiento de la época; las gentes, su política etc. Cossío sabía bien que no podía agotar la materia, ni se agotará nunca. No ya sólo en la vida de un hombre como El Greco, pero aún en la del más pequeño microorganismo, hay materia para estudio y contemplación para la humanidad entera hasta el fin de los siglos.

Esta era la obra lenta pero segura que tenía apartado al Abuelo de las Academias y Parlamentos: *hacer hombres!* Recordémoslo bien, que él no quería hacer una *intelligentsia* o una aristocracia intelectual para transformar el país con reformas: ni un Port-Royal español, con jansenistas del siglo XX, sino un grupito de hombres útiles, prácticos, activos, que dieran ejemplo de la vida moderna anticipándose sólo a la conversión de los demás.

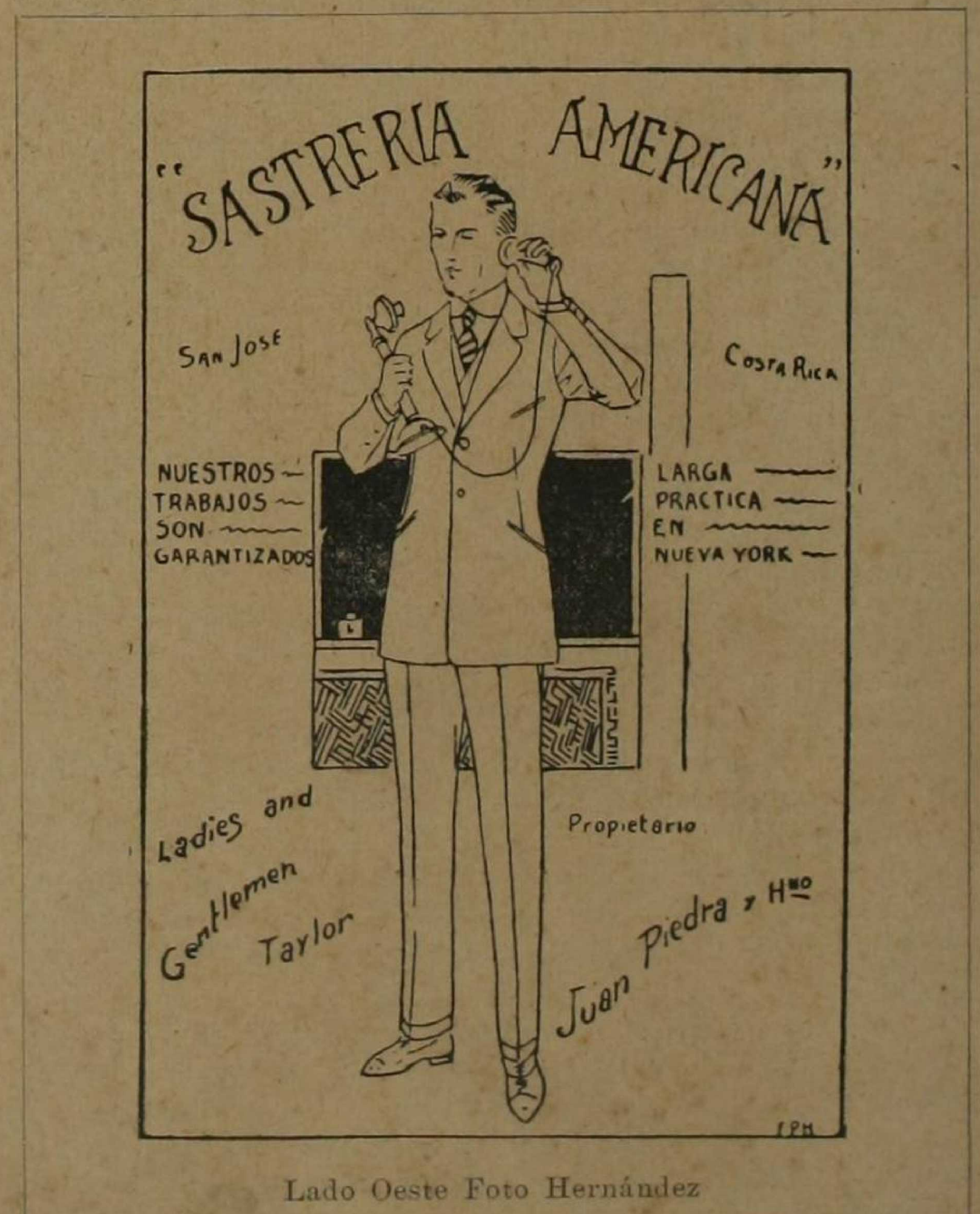
J. PIJOÁN

Justicia, no venganza

El gobernador Fuller ha revisado el proceso de Sacco y Vanzetti con criterio de juez o de gobernante. Ha declarado que la condena es justa entendiéndolo por justicia la sujeción a la corrección legal. Y no es eso lo que interesa al mundo. Es posible que los dos obreros italianos sean realmente culpables. Pero serían culpables como hombres que aún en el extravío del crimen son inconfundibles con el delincuente vulgar. Y además, hace años que sufren y hace meses que el espectro de la muerte les obsesiona. Y en tal situación el sentimiento de la piedad es más justo que la justicia que es una cosa fría y falible. Sólo la piedad, que dicta la tolerancia y la comprensión, es infalible. Es lo que el gobernador Fuller no supo advertir y es lo que debemos reprocharle. Nos ha demostrado que su concepto de la justicia reposa en la necesidad de la venganza.

ALBERTO GERCHUNOFF

(Crítica. Buenos Aires).



Lado Oeste Foto Hernández